

“... de los que no entendieron bien, de los que murieron sin ver la aurora, de sacrificios ciegos y no retribuidos, de **LOS QUE VAN QUEDANDO EN EL CAMINO**, también se hizo la revolución...”

CHE

Pasajes de la guerra Revolucionaria.

Obras estrenadas de Isidora Aguirre

Pacto de medianoche, 1954 *Santiago*

Carolina, 1955 *Santiago*

Entre dos trenes, 1955 *Santiago*

Anacleto Chinchín (niños), La micro (monólogo) Las Sardinas (monólogo), entre 1955 y 1957 *Santiago*

Las Pascualas (música de Gustavo Becerra) 1957 *Santiago*

Dos más dos son cinco, 1957 *Concepción*

Población Esperanza (en colaboración con el novelista Manuel Rojas) 1959 *Concepción*

La Pérgola de las Flores (comedia musical con canciones de Francisco Flores del Campo) 1960 *Santiago*

Los Papeleros (música de Gustavo Becerra), 1953 *Santiago*

La dama del canasto (comedia musical, música de Sergio Ortega), 1965 *Santiago*

Maggi ante el espejo, 1968, *México*

Los que van quedando en el camino (música de Luis Advis) 1969, *Santiago*

La pieza teatral
"LOS QUE VAN QUEDANDO EN EL CAMINO"
de Isidora Aguirre está
inscrita en el Registro de la
Propiedad Intelectual con
el número 36846 en Santiago de Chile.

Imprenta Mueller - 1970
Rivas Vicuña 1046
Santiago de Chile

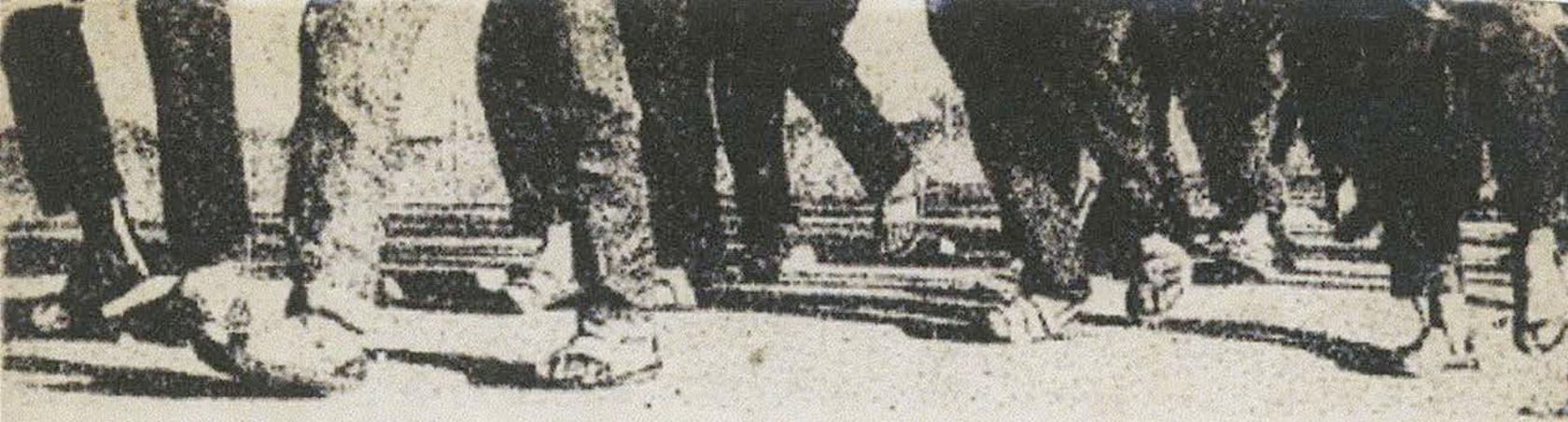
Indicaciones generales para el montaje

Basta un tabalado con una tarima o puente de mayor altura al fondo. La ambientación la da la utilería campesina que se designa en el texto y que corresponde a la usada en los campos del sur. Los mismos actores mueven estos elementos escenográficos y utilería. Elementos escenográficos: tres paneles simples que se colocan de manera a figurar un hueco en un muro de adobe; dos caballetes de madera como los que se emplean en el campo para guardar las sillas de montar; bancas para el Sindicato, y escaños. El resto, artesa, brasero, tetera, olla, cesta, cayana para tostar trigo, etc., se designan oportunamente.

Una importancia especial tendrá la iluminación (que se puede reemplazar por paneles, blanco para la escena del frío, rojo para el incendio, azul para la escena del estero). También la luz sirve para marcar la diferencia entre las escenas realistas y las de las visiones de los muertos. La música incidental para guitarra cumple esta misma función ambiental. También va a acompañada con música la marcha inicial y la canción final.

El vestuario, típico cordillerano, se realizará en lo posible en blanco y negro o tonos del gris y sepia. Los hombres usan medias de lana burdas y ojotas rústicas, y en escenas de cordillera llevan perneras, esto es botas altas de cuero de oveja o cabra con el pelo hacia afuera y ponchos largos negros o café. Sombreros de ala blanda, desteñidos por la lluvia. Las mujeres llevan falda más abajo de la rodilla, medias de lana y ojota.

Es importante marcar la simultaneidad entre pasado y presente entre los muertos y los vivos. Cuando Lorenza actúa en el presente es designada como "Máma Lorenza" y está siempre con Juanucho en el saliente izquierdo; para marcar la diferencia con



“...de los que no
entendieron bien,
de los que murieron
sin ver la aurora,
de sacrificios ciegos
y no retribuidos,
de **los que van quedando
en el camino,** también
se hizo la revolución...”

nieve y el barro, sin comer, sin dormir . . . teníamos los piés en carne viva . . .

JUANUCHO—¿De qué me habla, Mamá Lorenza?

MAMA LORENZA—Mi hermana Dominga murió en la cárcel. Murió al dar a luz a la que fué tu madre, Juanucho. *(Han salido los prisioneros. Entra un guardia con carabina y los tres hermanos fusilados de LORENZA sobre el puente y permanecen inmóviles, siempre al fondo, en la luz espectral, la música va disminuyendo hasta desaparecer).*

JUANUCHO—No entiendo de qué está hablando.

MAMA LORENZA—De los muertos. Los muertos del Bío-Bío. No me perdonan el olvido en que los tengo.

JUANUCHO—*(Con temor)* ¿Te penan las ánimas?

MAMA LORENZA—*(Tomando su cabeza)* Es aquí adentro donde me caminan . . .

JUANUCHO—*(Aliviado)* ¡Estás disvareando! Lo que se oye es el paso de los campesinos . . . los ví, Mamá Lorenza. Llevan unos carteles que dicen "pan para nuestros hijos" *(Recordando su hambre)* Dame pan, Mamá Lorenza . . . *(Sincronizado con el "Dame pan" cae silenciosamente el primero de los hermanos)* Dame pan . . . *(Cae el segundo)* Dame pan . . . *(Cae el tercero).* *(Sale el guardia. Sus movimientos serán también fantasmagóricos).*

MAMA LORENZA—*(Alterada)* Anda, vete Juanucho . . . quiera o no, tengo que atenderlos . . .

JUANUCHO—¿Qué cosa dice?

MAMA LORENZA—Lleva la artesa a la acequia: hay que lavar esta lana . . . *(Lo hace salir. Se vuelve hacia los hermanos)* ¿Qué quieren de la vieja Lorenza?

Se incorporan, nombrándose:

PEDRO—Pedro Uribe.

JOSE—José Uribe.

MAÑUNGO—Mañungo Uribe.

MAMA LORENZA—¡El río se sale de madre y me escupe a sus muertos!

PEDRO—Hable, hermana.

JOSE—Hable Lorenza.

MAÑUNGO—No deje que el olvido nos mate dos veces.

MAMA LORENZA—¡Los difuntos, con los difuntos! ¡A nadie voy a nombrar!

DOMINGA—*(Entrando junto a los hermanos)* Nombre a Juan Leiva, hermana, que dió su vida por los campesinos.

PEDRO—El nos trajo la verdad . . .

JOSE—Y la rebeldía con sus palabras.

MAMA LORENZA—¡Nos trajo los muertos! *(Pausa)* No debió hablarnos. ¡Nunca debió hablarnos!

PEDRO—No reniegue de su palabra, hermana. Fué lo mejor que tuvimos en Ranquíl y en Lonquimay . . .

DOMINGA—La palabra de Juan Leiva era como un plan blanco y limpio . . . junto a la galleta sucia del peón campesino. *(Pausa)*

La trajeron mis hermanos a Santa Bárbara.

MAMA LORENZA—Santa Bárbara . . . *(Leve rasgueo de guitarra. Va hacia izquierda dejando el chal y tomando la artesa con lana que le tiende JUANUCHO, mientras DOMINGA repite):*

DOMINGA— . . . a Santa Bárbara en el mes de Octubre . . .

LORENZA—*(Entrando con la batea, nostálgica, blusa blanca, en LORENZA joven)* Octubre es tiempo de la esquila . . .

LOS TRES HERMANOS—Lorenza . . . La estamos esperando . . . hace tiempo que estamos esperando . . .

LORENZA—*(Dejando la artesa, inclinándose ante el estero, primer plano)* La lana se lava en artesa de madera . . . se limpia . . . se varilla, se escarmena . . .

LOS TRES HERMANOS—Hable de los muertos . . .

DOMINGA—De los muertos del río.

LORENZA—No quiero contar desgracias . . . *(Tema musical alegre en guitarra)* Vine a lavar esta lanita en el estero . . . el estero de Santa Bárbara . . . como en los días buenos. *(Volviéndose hacia ellos)* ¡De eso vamos a hablar “de los días buenos”!

“LOS DIAS BUENOS”

(Siempre con fondo musical de guitarra, JOSE y MAÑUNGO entran en primer plano, actuando ahora con naturalidad, en la zona de luz, como si regresaran del trabajo, mientras PEDRO y DOMINGA salen al fondo. Luego entra la madre con un escañón, tetera y mate y se sienta a prepararlo. LORENZA los mira y los nombra para sí:)

LORENZA—José . . . Mañungo . . . *(Con tono normal a MAÑUNGO)* ¿Dónde está Pedro?

MAÑUNGO—Anda en el pueblo . . . *(Se tiende a descansar, José se ocupa en algo, trayendo un instrumento de labranza).*

LORENZA—*(Para sí, nostálgica)* Madre . . . *(Viendo entrar a DOMINGA, que trae un libro bajo el brazo y se acerca a la madre)* Dominga . . . *(Cesa la música y la escena continua ahora con realismo)* ¡Miren la “señorita” criada en Victoria! Deje sus libros y venga a aprender, que aquí, lo que falta son brazos para el telar. *(DOMINGA, más joven y frágil que LORENZA, tímida y dulce, se acerca a ella)* Atienda: la lana se lava en el estero. Se enjuaga hasta dejar blancos los copitos. A la orilla

hacemos fogón para hervirla. Después se va hilando en el huso. *(Toma un huso rústico y se lo pasa mostrando)* De una sola hebra. El mismo huso la tuerce al caer... *(DOMINGA ensaya con torpeza, LORENZA ríe)* ¡Laya de campesina! Agüaite, madre... ¿No le enseñaron allá en Victoria cómo se agarra un huso?

DOMINGA—Es que allá... en la escuela...

LORENZA—Sí, “allá en la escuela” parece que lo único que aprendió fué a suspirar por su mentado profesor. *(Bajando la voz)* Olvídelo, Dominga: es casado. Y aquí en esta familia siempre hubo el respeto. El respeto del campo. Por algo nos llaman los “dones Uribe”.

DOMINGA—La mujer hace tiempo que se apartó d' él. Anda siempre solo. Y yo... yo lo quiero, hermana...

LA MADRE—¡Qué tanto “mermuran” ustedes dos allí... parecen palomos en alero.

LORENZA—*(Sigue con su lección, riendo)* Después de hilada, se enrolla en el aspa, cuando está en madejas, viene el teñido. Sirve el hollín, el cocimiento de maqui, la yerba quinchamáli, el robo...

LA MADRE—Esa es tierra negrita: donde hay “virtiente” hay robo. Y pá darle firmeza a la color, se le agrega, orines de persona.

DOMINGA—¡Orines!

LORENZA—Si, pues. Tan delicada que se puso.

MAÑUNGO—*(Escuchando)* ¿No es el trote del bayo?

JOSE—*(Mirando)* Viene Pedro.

LORENZA—Prepare el mate, madre, que llega su hijo.

LA MADRE—Ya lo “oyí” y conozco mi obligación. Usted, Lorenza, no está tranquila si no está dando órdenes.

Sobre "Los que van quedando en el camino"

En este teatro —según el decir de Hugo— la multitud se convierte en pueblo. Cada personaje encarna instintos, pensamientos en lucha, dentro de una obra concebida a la luz y la sombra de una furiosa dialéctica contradictoria.

Es un drama social, apto para ser representado en la plaza. Agitador y político, en el sentido brechtiano. Es decir, parte de la exposición crítica de la realidad para transformarla, una vez que los hombres tomen conciencia de que pueden y deben destruir lo insostenible.

He sido lector y espectador de "Los que van quedando en el camino". Como parte del público me he sentido virtualmente asaltado. Agarran por el cuello la emoción y la ira, la indignación y la pena. Lección de una iniquidad tremenda, que clama, más que al cielo, a la tierra, por la tierra para los que la trabajan. La concurrencia experimenta la sacudida. Grita, llora. O sea, una legítima pieza, eficaz, que estalla en la comunicación directa, como una bomba. Nadie puede quedarse frío. Habla al sentimiento, a la voluntad, llama a hacer algo. Es el anverso, la negación del mero entretenimiento, del solaz pasajero para un gusto dudoso e inestable. Y también del reino del absurdo y de la "élite". Incursiona en el corazón desgarrado. Y se dirige también a la inteligencia del pueblo. En tal sentido contribuye a la creación de una cultura popular. Se vincula al pensamiento y a la auténtica inquietud de nuestro país y de nuestro tiempo.

Está comprobado que Isidora Aguirre es capaz de hacer cualquier teatro. El de la diversión fina como la comedia musical más espectacular y taquillera. Pero al éxito de los grandes auditorios fáciles y gigantescos, que compran boleto para un apacible viaje de huida de un par de horas lejos de la realidad agria de su existencia, ella ha preferido, en "Los Papeleros" y sobre todo en "Los que van quedando en el camino", hablarle directamente al pueblo de su verdad y no de su ilusión. No quiere ser traficante en drogas. La multitud que aplaudió y sigue aplaudiendo "La Pérgola de las Flores" probablemente no sea la misma que ovaciona entre lágrimas su producción ulterior, pero

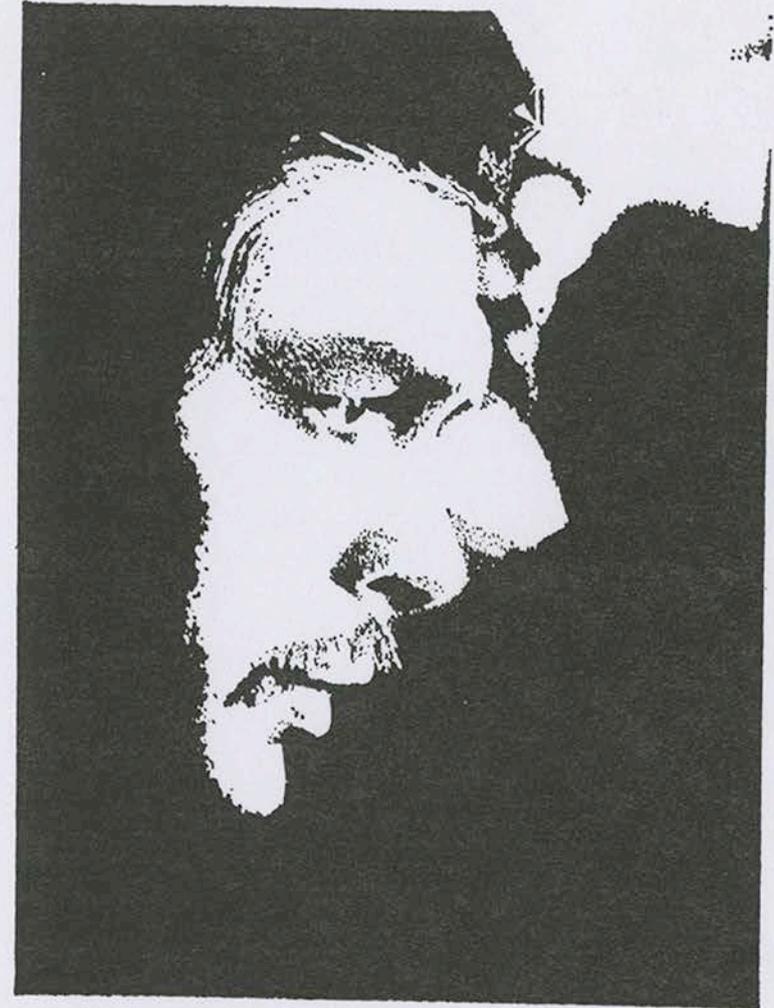
pertenece a la categoría de esa muchedumbre más activa y creadora; la que llorando, se enjurece.

Así se plasman las manifestaciones iniciales de una revolución en el teatro chileno, ansiosa de sensibilizar a los auditorios no en el arte de la fuga sino en la autoconciencia de la propia situación y del deber de actuar.

Es cierto que los fogonazos de la muerte sellan la insurrección campesina en Ranquíl. Y que los fantasmas atormentan a la mujer con la pesadilla recurrente que la persigue, rememorando la tragedia imborrable. Pero todo con aliento de vida, a ratos épico, y con el necesario misterio. Aunque también con la claridad que permita, conforme al objetivo de una dramaturgia realista y crítica, en verdad representativa de los conflictos más agudos de la sociedad contemporánea, señalar la salida y los tramos del camino. De modo que los muertos que se van quedando en él, para invocar las palabras bautismales del Ché Guevara, iluminen a los pueblos sobrevivientes, inmortales a pesar de todo.

La técnica, de apariencia simple, absorbe, sin proponérselo, sutiles aires respirados en la atmósfera ateniense o isabelina, en el "Teatro de Arte", de Stanislavski, o en "La Abadía" dublinesa. Pero nadie se engañe, al fin de cuentas: el resultado es un drama de patente irremisiblemente latinoamericana. Realizado, mediante una elaboración personalísima, por un talento entregado con seriedad a la tarea, escribe un acto nuevo en la historia de nuestra literatura teatral. Ese acto en que el pueblo, como en ciertas piezas de Lope, se planta en el centro de la escena para representar el papel del protagonista dispuesto a tomarse justicia por sus manos.

Volodia Teitelboim



“... de los que no entendieron bien, de los que murieron sin ver la aurora, de sacrificios ciegos y no retribuidos, de LOS QUE VAN QUEDANDO EN EL CAMINO, también se hizo la revolución...”

CHE

Pasajes de la guerra Revolucionaria.

Obras estrenadas de Isidora Aguirre

Pacto de medianoche, 1954 *Santiago*

Carolina, 1955 *Santiago*

Entre dos trenes, 1955 *Santiago*

Anacleto Chinchín (niños), La micro (monólogo) Las Sardinas (monólogo), entre 1955 y 1957 *Santiago*

Las Pascualas (música de Gustavo Becerra) 1957 *Santiago*

Dos más dos son cinco, 1957 *Concepción*

Población Esperanza (en colaboración con el novelista Manuel Rojas) 1959 *Concepción*

La Pérgola de las Flores (comedia musical con canciones de Francisco Flores del Campo) 1960 *Santiago*

Los Papeleros (música de Gustavo Becerra), 1953 *Santiago*

La dama del canasto (comedia musical, música de Sergio Ortega), 1965 *Santiago*

Maggi ante el espejo, 1968, *México*

Los que van quedando en el camino (música de Luis Advis) 1969, *Santiago*

La pieza teatral
"LOS QUE VAN QUEDANDO EN EL CAMINO"
de Isidora Aguirre está
inscrita en el Registro de la
Propiedad Intelectual con
el número 36846 en Santiago de Chile.

Imprenta Mueller - 1970
Rivas Vicuña 1046
Santiago de Chile

Prólogo

Entran todos los actores (menos LORENZA, su familia y ROGELIO) ya vestidos de campesinos, pero sin algunos detalles (sombreros, chales) y se disponen libremente en el escenario frente al público. Actor I, II, III, avanzarán al hablar. (El resto se designa como coro).

ACTOR I—Allá por los años veinte un gobierno “progresista” prometió la tierra a los campesinos pobres.

CORO—Igual que hoy.

ACTOR II—Los alentó para salir de su esclavitud resignada y ellos, confiados en la ley, reclamaron sus derechos.

CORO—Igual que hoy.

ACTOR III—Alarmados los dueños de la tierra se unieron para defender sus intereses. Para conservar sus privilegios.

CORO—Igual que hoy.

ACTOR I—La pobreza y la injusticia, siguió en los campos.

CORO—Igual que hoy.

ACTOR II—El gobierno culpó a los terratenientes. Los terratenientes culparon al gobierno.

CORO—Lo mismo que hoy.

ACTOR III—Las leyes que dicta la clase dominante, no le sirven a la clase dominada. Entonces, los campesinos se alzaron en la “ilegalidad”.

CORO—Lo mismo que hoy.

ACTOR II—Y aquel gobierno “progresista” que los había alentado a pelear por sus derechos ¡respondió con la sangre!

Un silencio.

ACTOR I—*(Adelantándose algo)* Ranquíl, 1934: setenta cam-

pesinos, de ambos sexos, son fusilados en las márgenes del Bío-Bío. Otros tantos, encarcelados y durante años perseguidos. La violencia represiva, relegó los hechos al silencio.

Toque de riel.

ACTOR III—Hoy, el gobierno “vuelve” a prometer la tierra a los campesinos pobres.

CORO—Igual que ayer.

ACTOR II—Cambiando un poco para no cambiar lo esencial.

CORO—Igual que ayer.

ACTOR I—Pero el hambre siguió en los campos.

CORO—Lo mismo que ayer.

ACTOR II—Le piden al campesino que tenga paciencia.

CORO—Hoy, lo mismo que ayer.

ACTOR III—El hambre no tiene paciencia . . .

ACTOR II—Hoy, menos que ayer . . .

CORO—¡Mañana, menos que hoy!

ACTOR I—(*Colocándose en un extremo*) 1969: los campesinos del sur se unen para marchar hacia la capital.

Toque de riel y música de la marcha campesina (tema de canción final).

Los actores desordenadamente se retiran a buscar carteles, instrumentos de labranza o elementos de vestuario para entrar, improvisando una marcha campesina. Los carteles (rojos con letras blancas), dicen: “La legalidad no le sirve al campesino pobre”, “Queremos la tierra”, “Pan para nuestros hijos”, “Contra los abusos”, “contra los despidos”.

Dan una vuelta por el escenario. Luego suben al puente, al fondo, o plataforma más alta y continúan su marcha.

2 ■ Los que van quedando en el camino

La música baja de intensidad y se escucha una voz grabada:

LOCUTOR—Atención, atención, mensaje radial a los inquilinos del sur que marchan hacia la capital: regresen a sus labores, las autoridades no podrán recibirlos, ¡la huelga es ilegal!

Continúan marchando.

LOCUTOR—Noticia de última hora: Ante la marcha de protesta de los inquilinos en huelga, las autoridades prometen llegar a un arreglo siempre que regresen a sus faenas. Según declaración de las autoridades, si hoy los campesinos piden más, es ¡porque el gobierno les ha dado más! Ha subido el poder comprador en los campos. Los índices lo prueban.

(Siguen caminando los campesinos).

LOCUTOR—Atención, atención, a los campesinos del sur: vuelvan a sus labores si quieren evitar despidos. Tengan paciencia: las autoridades están estudiando sus problemas (*se detienen poco a poco*). Regresen al trabajo ¡el país los necesita!

Cesa la música y ellos se detienen, indecisos.

UN CAMPESINO—Adelante, compañeros ¡no se detengan! ¡A la urgencia nos responden con tramitaciones y promesas!

OTRO CAMPESINO—¡El que tiene hambre no se alimenta con palabras!

(Poco a poco empiezan a caminar).

EL CAMPESINO PRIMERO—¡Unanse a la marcha! Los explotados somos más que los explotadores, por eso, la unión es el arma del pobre!

Retoma la música de la marcha y ellos salen del escenario.

Los que van quedando en el camino ■ 3

ACTOR I—(*Anuncia*) Lorenza Uribe, sobreviviente de la masacre del año treinta y cuatro, acosada por sus muertos, revive la historia de Ranquíl . . . (*Sale ACTOR I*).

(*Junto con acordes de guitarra, entra LORENZA y cubriéndose con un chal la cabeza, para marcar su personaje, (mamá LORENZA), se instala en saliente izquierda junto al fogón. JUANUCHO, niño campesino que ha estado deambulando por el escenario mirando la marcha, con un volantín en sus manos, se reúne con ella. Le tiende un plato vacío*).

JUANUCHO—Dame más sopa, Mamá Lorenza.

MAMA LORENZA—(*Seca*) No hay más.

JUANUCHO—Hoy me diste menos que ayer.

MAMA LORENZA—Hoy había menos que ayer.

JUANUCHO—Una sopa no quita el hambre, Mamá Lorenza.

MAMA LORENZA—Te dí almuerzo mantenedor, Juanucho. Se come fuerte una sola vez al día. Apréndelo. (*Se oyen unos disparos, ambos se incorporan*). ¿Qué fue eso?

JUANUCHO—(*Mira hacia platea*) Son los uniformados . . . están disparando al aire para asustarlos. Quieren atajar la marcha, Mamá Lorenza: la marcha de los campesinos en huelga. Parece que a uno se lo llevan preso . . . (*Se escucha ahora la música, alucinante y con luz espectral, los de la marcha actual, un pequeño grupo, pasan y salen descalzos, caminando con dificultad, al fondo mientras mamá LORENZA los mira inmóvil.*

JUANUCHO no los ve y sigue comentando) Dicen que van a llegar de a pié hasta la capital. (*Hacia ella*) Oiga . . . ¿cree que irán a llegar? (*Insiste, al verla ensimismada*) Mamá Lorenza ¿cree que irán a llegar, así, caminando?

MAMA LORENZA—(*Para sí*) Caminando, descalzos, por la

Entra Pedro. Es parco de gestos, se acerca a la madre, saludando. La madre le tiende el mate.

LA MADRE—Tome, hijo. El mate es el primer cariño. *(Pausa)*
¿Hay novedad?

LORENZA—¿Para qué pregunta? Los Uribe andan siempre solos, y cuando algo saben, se lo guardan.

PEDRO—Ahora, traigo novedad.

JOSE—No embrome. ¿La ley?

PEDRO—*(Con solemnidad)* Se dictó la ley. *(Un silencio)*.

MADRE—¿Y eso qué quiere decir, hijo? Aquí somos ignorantes.

PEDRO—No por mucho tiempo: “la ignorancia es la peor enemiga del camesino”.

DOMINGA—*(Deja caer el huso)* ¡Son sus palabras!

JOSE—Palabras de Juan Leiva.

LORENZA—¡Ya le nombraron a su profesor, pues! *(A PEDRO)* ¿Y qué contiene esa ley?

PEDRO—Le da tierra a los campesinos pobres, para que la trabajen. En vez de “inquilinos” los llaman “colonos”.

LA MADRE—Ave María . . . ¿van a repartir la tierra de los ricos?

PEDRO—Son tierras del Fisco, pero los dueños de fundo las han inscrito como suyas para agrandar sus potreros. Bajando hacia Mulchén y Lonquimay, hay tierras de esas, ¡usurpadas!

MAÑUNGO—Puchas digo . . . ¿Y es fácil conseguirlas?

PEDRO—*(Paternal)* Nada es fácil, Mañungo.

JOSE—*(Que trabaja una correa con su cuchilla, amargo)* ¿Le parece fácil sudar de sol a sol para que otros se enriquezcan? . . .

¿y que después, cuando le flaquean las piernas, lo tiren como basura a un rincón?

PEDRO—Para ser colono, hay que enterar siete años trabajando una “puebla”. Son extensiones grandes; faldeos ariscos de cordillera. Pero, con paciencia, uno le va ganando la tierra al monte.

MAÑUNGO—Siete años . . . ¡tanta demora! . . .

LORENZA—¿Y a quién salió tan impaciente el muchacho?

JOSE—No sería al padre de uno que se pasó treinta años con los terneros cuidando lo ajeno: de la casa al establo, del establo a la casa, levantándose con la escarcha y acostándose con la humedad en el cuerpo. Hasta que dió el último tosido sin tener un cuadradito de tierra propia para dar con sus huesos.

MAÑUNGO—¡Tierra propia! . . . ¿Oyó, madre?

LA MADRE—Poco me gustan esas ideas. Al José Tapia que se sintió dueño de una puebla, cuando la tuvo con el trigo alto, vinieron con papeles y lo desalojaron. Todavía anda por “áhi”, mendigando en los caminos. Los patrones aquí no son peor que en otras partes.

MAÑUNGO—Pero habiendo una ley del mismo gobierno . . .

MADRE—Una cosa es que el gobierno se acuerde de hacer justicia . . . , otra es que el rico lo consienta. El que nace pobre, muere pobre. Esa es ley, y no conozco otra.

PEDRO—No es así. La ley injusta, el hombre la hace. Y en el mismo hombre está, el hacerla cambiar. Son palabras de Juan Leiva.

LA MADRE—¿Y quién es ése, que tanto nombran?

DOMINGA—Es profesor en Victoria. Aunque nacido en mejor cuna, tiene sus ojos puestos en los humildes.

PEDRO—Quiere dar la pelea con nosotros.

DOMINGA—El dice que el otro lado del mundo, los campesinos ganaron la tierra ¡haciendo una revolución!

LA MADRE—Sht . . . ¡calle esa boca, chiquilla! la merecen “oyir” . . . *(Se santigua)* Son cosas del demonio.

JOSE—Mentiras que inventan los ricos para no perder lo suyo.

PEDRO—*(A la MADRE con solemnidad)* No tenga cuidado. Ya no hace falta agarrar un fusil. Ahora ¡tenemos la ley!

Toque de riel. Salen todos con utilería. LORENZA pasa a primer plano y habla al público. Atrás colocan dos caballetes de madera con sillas de montar.

LORENZA—Con la “Ley” se avivaron mis hermanos y como no teníamos tierra ¡salimos a buscarlas! Pedro partió adelante y formó puebla en un lugar llamado Nitrito . . . eso es cordillera adentro remontando el Bío Bío. *(Nostálgica)* El Bío Bío, allá pa'l sur, donde usted vaya se lo encuentra. Namás le cambia el nombre: el Rahue, el Lolco, el Chaquilvín, el Llanquén . . . Por esos lados, la tierra es grande, el agua sobra. Se puede trabajar hasta donde den los brazos pa' sembrarla. Pedro, de primera se ofreció de inquilino en una hacienda. Tenía luces que eran tierras “usurpás”, que con la Ley se podían ganar. Lo mismo que las colindantes de Ranquíl . . . *(Música incidental en guitarra, que se mantiene suave, junto con aparecer ROGELIO, al fondo)* De allá era Rogelio Lagos. *(Luego de una pausa, sin volverse)* ¿Es usted, Rogelio?

ROGELIO—*(Sonriente, al fondo)* El mismo, para servirla.

LORENZA—Rogelio . . .

ROGELIO—¿Mande?

LORENZA—¿Estaré soñando, o despierta?

ROGELIO—Me creo que soñando . . . porque yo . . . hace tiempo que debo estar muerto.

LORENZA—Sht . . . (*Va hacia los caballetes*) ¿Se recuerda cuando nos encontrábamos en el cruce, camino de Ranquíl? (*Acaricia un caballete*) Su overo y mi yegüita blanca, lo más bien que se entendían. ¿O no? (*Ayudada por él, monta en el caballete*).

ROGELIO—No siempre. (*Monta en el otro caballete. Cesa la música*). Ayer la estuve esperando hasta que oscureció. (*Simulan cabalgar al paso*).

ROGELIO—Seguro que se embromó en conversa con el ovejero.

LORENZA—¡Ya me está celando, cómo sería al estar casados! Sepa que no ando en juntas con el ovejero. Con la vocecita que se gasta . . . y no lo saquen de las bestias paridas porque no hila conversación. Y tampoco tiene derecho a pedirme cuentas; eso, además.

ROGELIO—Derecho tengo, Lorenza (*Con malicia*) ¿Quién fué el que “le enseñó” en los carrizales?

LORENZA—Usted, pues. Y no me avergüenzo. De esas cosas la mujer no puede escapar. Por más que la vigilen, o le ofrezcan varillazos, ella sale al campo . . . para conocer la vida. Y si usted me enseñó, ¡no me lo venga a echar en cara!

ROGELIO—(*Riendo*) Se lo digo no más para que vaya pensando en matrimonio.

LORENZA—¡Aguárdese! (*Riendo*) Ya pasé los treinta y se puede decir “que no me cuecen de una sola agua”. Y . . . apuro no tengo.

ROGELIO—Yo sí, Lorenza. (*Cabalgan un instante en silencio*).

LORENZA—Aquí en el campo el hombre siempre le pega a

la mujer. Le pega por ser mujer y por cosas chicas. Y a mí, nunca nadie me levantó una mano, ni mi taita para enseñarme, cuando el sí, tenía el derecho.

ROGELIO—¿Y su hombre no lo va a tener?

LORENZA—(Mirando con malicia a todos lados) ¿Mi hombre? ¿Dónde está?

Se han detenido, Rogelio la ayuda a desmontar. La retiene en sus brazos un instante.

ROGELIO—Usted sabe que hace tiempo que la quiero, Lorenza. Esquiva de palabra. Pero, hembra mía. (Ella se aparta y se acerca a un arroyo imaginario, donde simula mojarse el rostro y beber en sus manos) Ya entregué solicitud en el Sindicato, para tener puebla propia, arriba, en la veranada. Hay buenos pastos, y puedo criar ganado aparte de mis padres. Tantito pasen las cosechas, dicen que el gobierno va a repartir las tierras de Ranquíl. ¿Qué me responde?

LORENZA—Está fresquita el agua: trae los hielos de la cordillera.

ROGELIO—(Seco) ¿Le tiene miedo al matrimonio, usted?

LORENZA—No me he casado para no obligarme. No quiero el mandato del hombre. Vivo tranquila y contenta con mis hermanos; me cuidan bien y no me mandan. Y por ellos, tengo el respeto.

ROGELIO—¡Que me recondene! Nunca vi hembra como usted: tan brava y tan orgullosa.

Se escucha el tema de las visiones, como fundido a la escena siguiente, mientras ella responde, y baja la luz:

LORENZA—¿Acaso es malo el orgullo... acaso es malo?

Voces de los hermanos, mientras ella pasa a saliente izquierdo y se retira Rogelio, sacan caballetes:

HERMANOS—No, Lorenza, no es malo . . .

—es bueno, el orgullo

—“con el orgullo de los Uribe levantaremos al campesino humillado” (*Cesa fondo musical*).

MAMA LORENZA—(*Con JUANUCHO en saliente izquierdo*) . . . Palabras de Juan Leiva cuando vino a levantar el Sindicato.

JUANUCHO—¿Sindicato?

MAMA LORENZA—“Sindicato agrícola de Lonquimay” . . . eso sería por el año veintisiete. (*Dándole lana*) Ayude a enrollar pues, mire que tengo entrega de dos frazadas, y eso es harina para su taza de ulpo. Ya, deje ese volantín. (*El niño obedece*) Juan Leiva vino a organizarnos para pelear firme la tierra. Era hombre bueno, humanitario. Llevas su sangre, Juanucho, por mi hermana Dominga, que desde la escuela se templó d'él. Ese fué amor grande de la Dominga.

JUANUCHO—Nunca me habló de ella.

MAMA LORENZA—Ahuyento los recuerdos, pa' no toparme con la desgracia.

JUANUCHO—Y usted, Mamá Lorenza, ¿no tuvo hijos?

MAMA LORENZA—No hace falta parirlos para encariñarse con ellos. No eres el único guacho que he criado: también crié una niña, la Guacolda. (*Pausa*) Me la dieron de meses de una vecina que murió. Estaba flaquita, parecía laucha seca. Le di harta leche y harina, y se puso linda la mocosa. (*Sombria*) No supe conformarme cuando la perdí.

JUANUCHO—¿Y ese que nombra, Juan Leiva, viene entonces siendo abuelo mío?

MAMA LORENZA—Por parte de madre.

JUANUCHO—¿Tengo las hechuras d'él? (*Ella sombría, no responde*) ¿Dígame como era?

MAMA LORENZA—Qué tanto averigua . . . (*Para sí*) Lo vi cuando lo sacaron del río . . . las cuencas vacías, el pecho agujereado . . . (*A él*) Na' más recuerdo sus palabras.

JUANUCHO—Dígame entonces de qué cosa hablaba.

MAMA LORENZA— . . . De la “redención por la tierra” . . . de la esclavitud en que vivíamos . . . Estábamos en un atraso muy grande, Juanucho, y él vino a abrirnos los ojos. Pero no fué fácil. Tuvo muchas batallas que ganar.

JUANUCHO—¿Batallas como en la guerra?

MAMA LORENZA—Peor que en la guerra, niño. El campesino es duro de mollera, y no le entran las cosas “así de un pronto a un pronto”. Le dicen algo y recién a los ocho días lo viene a entender . . . La primera batalla que tuvo que ganar Juan Leiva en el Sindicato fué para enseñarnos las letras.

Corte musical breve, mientras pasa la acción al Sindicato; entran cuatro campesinos y colocan los bancos, se sientan y quedan en actitudes rígidas, impenetrables. Los dirigentes, PEDRO, JOSE y ROGELIO, desde un extremo, les hablan. Voz grabada anuncia:

“PRIMERA BATALLA: CONTRA LA IGNORANCIA DEL CAMPESINO”.

PEDRO—(*A los del banco*) Compañeros ¡no hay vergüenza en aprender! La única vergüenza es vivir sometidos por la ignorancia. ¿Por qué no se ha inscrito nadie en los cursos?

Toque de riel para paso del tiempo. Los del banco siguen inmóviles.

ROGELIO—En estas cordilleras donde a uno lo encierra el invierno, ni la palabra “educación” es conocida. Pero conviene ir mentalizándola: es más útil que las carabinas para pelear el derecho a la tierra.

Toque de riel, paso del tiempo.

ROGELIO—Sabemos hablar de bueyes, de surcos, de semillas. Pero, si nos apartan de la tierra ¡ahí somos mudos! (*Pausa*) No tenemos más palabras que para agradecer la galleta dura que nos tiran.

Toque de riel, paso del tiempo.

JOSE—Yo que aprendí tarde las letras, les digo que no es más difícil que manejar el arado. Solo que el trabajo del campo no nos asusta, porque uno lo aprende con la leche que mama.

PEDRO—¿Cómo puede defenderse el campesino y pelear su puebla, si ni siquiera es capaz de distinguir un papel escrito que lo favorece de otro que lo condena?

Breve corte musical para volver sobre MAMA LORENZA y JUANUCHO. Baja luz sobre los del banco, salen los dirigentes).

MAMA LORENZA—Más de año llevaban ahí resistiéndose, cuando le pasó una desgracia a doña Ignacia Ortega: quedó viuda por no saber las letras.

JUANUCHO—¿Cómo iba a ser, Mamá Lorenza?

MAMA LORENZA—Como lo oye, pues. (*Entran dos ancianos, IGNACIA y su marido, con un escaño, al otro extremo, delantero*) Eran dos veteranos que tenían su campito, allá por el Chaquilvín arriba . . . (*Pasa la luz sobre los ancianos*) Cuando dicen

que se presentó un caballero . . . (*Salen luego MAMA LORENZA y JUANUCHO*).

IGNACIA—Se presentó un caballero, llegó en coche y se véida autoridad. Ingeniero se nombró. (*Al VIEJO que está rígido a su lado*) Como usted andaba medicinándose en Curacautín, yo lo recibí. Y con su modo muy fino me pregunta: ¿Agüela, tiene sus títulos de propiedad? Ay, ¿qué será eso, su merced? Y él me explica que son papeles que acreditan que aquí somos los dueños. Este es campo bien habido —es que le digo— se lo dieron a mi esposo en tiempos de la guerra del Pacífico, mi viejo peleó en esa batalla y tuvo el mérito de quedar sordo con los estampidos . . . Pero él, ¡venga preguntar que si había u no papeles! Había, le digo, pero cuantu'á mi viejo los llevó a Victoria, y “áhi” quedaron (*Le grita al oído*) Viejo ¿hay u no papeles?

VIEJO—(*Voz lejana y gastada*) Había, pero cuantu'á los llevé a Victoria y “áhi” quedaron.

IGNACIA—¡Eso mesmo le dije yo! Entonces empieza a averiguar, que si cercos, que si establo, que si casa habitación. Y “toichicho” lo fué anotando en un papel. Me lo presenta: firme, agüela, que con esto le voy a sacar sus títulos. Y yo: miren que tomarse la “molestía”. Y él, son cosas que manda la nueva ley. (*Pausa*) Así que firmé. (*Le grita*) ¡“Así que firmé!”

VIEJO—Miren . . . ¿Cómo iba a firmar, si usted nunca aprendió las letras?

IGNACIA—¡Eso mesmo le dije yo! Entonces, me agarra el pulgar, y lo mete en una mazamorra que andaba trayendo, hasta dejarlo negriando . . . y viene y me lo estampa en el papel. ¡Ave María! No hubo arrugita que no saliera retratá . . . (*Se lo muestra*) Con este dedo firmé.

VIEJO—Malo está, Ignacia. No conviene firmar papel escrito

sin saber lo que contiene. Quizá si fué pa' bien, u si fué pa' mal . . .

(Breve corte musical guitarra, IGNACIA pasa al Sindicato, luz sobre los del banco).

IGNACIA—*(Hacia dirigente, es decir, hacia público)* ¡Y fué pa' mal! Porque el muy vivo que se anotó como dueño, fué el propio sirvergüenza que se nombró ingeniero. Y aquí me tienen. Sin puebla, y sin marío. Porque mi viejo . . . *(Se quiebra su voz)* que resistió en la batalla . . . mi viejo, de salir de su territa, ¡de eso mismo se murió! *(Se suena ruidosamente)* Así que anóteme para aprender las letras que es mucho perjuicio la ignorancia. Ignacia Ortega viuda de Loyola. *(Se sienta en el banco. Al viejo que está junto a ella, VIEJO LUCAS)* Y usted, don Lucas, ¿qué espera pa' incibirse? Tan ágil que es pa' vender su almud de trigo, seguro que va a ser el primero en los números. VIEJO LUCAS—Es que . . . ¡uno ya no está pa' esos trotes, doña Ignacia!

IGNACIA—¡Meh . . . agora sí! Ser viejo no es inconveniente, si uno no anda jodido de la mentalidad.

LA MUJER—*(Muy redicha, se levanta)* Y a mí, Eglafira Reyes, inscribame. En mi familia hubo muchos que fueron letrados.

UN HOMBRE—Póngame a mí también: Amador González. Y mis tres hijos, crecíos ya, que si no quieren venir ¡les corro pa' lo!

Toque de riel. Se inmovilizan.

Voz grabada.

"SEGUNDA BATALLA: CONTRA EL MIEDO DE LOS CAMPESINOS".

Entra LUCILA NARANJO, una muchacha y dice hacia dirigentes imaginarios:

LUCILA—Y a mí, inclíbame, Lucila Naranjo, servidora. Pero, por diosito que no se entere mi taita, capaz que me mate . . .

(Se oye un grito: "Lucila") Jesús . . . ¡ahí viene! *(Sale escapando, luz baja algo, y pasa a primer plano, se quedan inmóviles los del banco).*

Entra NARANJO, un hombre rudo y persigue a LUCILA. Por parte delantera del escenario, ha entrado una mujer con una artesa, que lava, en un extremo.

NARANJO—*(Persiguiendo y dándole golpes a Lucila, haciéndola caer)* Aguárdate, perra ¡segunda vez que te pillo con los "rojos" del sindicato, jugándote el pan de sus padres! . . . ¡toma por estúpida!

LUCILA—Ayayay . . . ayayaycito . . .

LA MUJER QUE LAVA—*(Tono indiferente)* No le peguís, Naranjo, que es tu hija.

NARANJO—¿No te tengo prohibido ir a esa porquería de sindicato? Vienen aquí a alborotar a la gente contra los patrones ¡seguro que es para conseguir votos pa' elecciones, que ahí no más se acuerdan de uno! Después dejan la revoltura y se mandan cambiar, y uno queda despedido, con las "pilchas" en el camino. Toma, por desconsiderada.

LA MUJER QUE LAVA—No le peguís, Naranjo, la vas a atontar.

NARANJO—*(A la mujer)* Cierra la geta, ¡o te doy a vos!

LA MUJER—¡Miren! *(Vuelve a su lavado).*

LUCILA—No taitita, no me pegue, si no he hecho ni una cosa, lo único que quiero, es aprender las letras . . .

NARANJO—(*Que le va a dar con una correa, se detiene con ella en el aire*) ¡Que decís!

LA MUJER—(*Se santigua*) ¡Ave María Purísima!

NARANJO—(*Sulfurado*) ¡Las letras! ¿Quién te creís que sos, mala de la cabeza? ¡No las aprendió tu padre, ni las aprendió tu abuelo, ni naiden en esta familia, porque sabido es que las letras fatalizan al cristiano!

NARANJO le da ahora correazos y la persigue por la parte delantera del escenario. LUCILA va a refugiarse donde LA MUJER QUE LAVA, ella al comienzo la va a proteger, luego la deja:

MUJER QUE LAVA—Dale fuerte, por estúpida, Naranjo . . .

LUCILA—(*Llorando*) No taitita, no me pegue . . . si dicen que teniendo instrucción, el pobre le puede ganar la tierra a los ricos . . .

NARANJO—(*Paralogizado a LA MUJER QUE LAVA*) ¿La oíste? (*Persiguiendo otra vez y pegándole a LUCILA*) ¡Condená . . . !

LA MUJER QUE LAVA—Enciérrala, Naranjo. A esta chiquilla le hicieron el mal de ojo.

NARANJO—(*A Lucila*) La tierra de los ricos . . . ¿Eso aprendiste mierda?

LUCILA—No me pegue, taitita . . . Nunca más . . . nunca más . . .

NARANJO—¿Qué no sabís lo “delicados” que andan agora los patrones con esa cuestión de sindicato despidiendo a la gente? ¿Qué no sabís que el pobre no debe meterse en asuntos de política? (*Pausa*) Puras miserias nos han traído . . . puras miserias. ¡Sindicato! (*Despectivo*) Se les llena la boca hablando de leyes, y de instrucción ¡y no saben ni limpiarse el culo los ignorantes!

Toque de riel.

Salen NARANJO, LUCILA, MUJER QUE LAVAVA, luz sobre las bancas del Sindicato, siempre hacia público, en tres corridas. Están sentados IGNACIA, VIEJO LUCAS, EGLAFIRA y HOMBRE 1, 2 y 3. Al hablar siempre se dirigen hacia los dirigidos que se supone están en platea, es decir, frente a ellos.

Toque de riel.

Voz grabada.

"TERCERA BATALLA: CONTRA LA DESUNION DEL CAMPESINO".

HOMBRE 1—(*Levantándose*) Cierito que es útil formar cooperativa, como la "mienta" el compañero Juan Leiva. Cuando el hambre atrinca en el invierno, obligados a soltarle una ovejita al "pulpero" que se va haciendo rico con la urgencia de uno. Pero, pa'eso hay que poner cuota. Y bien alto lo digo: aquí no hay confianza. (*Se sienta*).

EL VIEJO—¿Qué garantía va a haber? "Cuantuá" hicieron cuota mortuoria pa'l fina'o don Aclicio, y nunca se vió que compraran el ataúd. Dicen que así mesmito lo enterraron.

HOMBRE 2—(*Se levanta*) Aunque Sindicato es progreso, aquí hay de todo: bueno y malo. Y no faltan los aficionados a lo ajeno.

HOMBRE 1—Si es por mí que lo dice ¡salga al campo! . . . A puño limpio se arreglan las diferencias entre hombres.

HOMBRE 2—A "naiden" hay nombra'o. (*Hombre 1 se sienta*).

EL VIEJO—Ya que aquí se atiende la voz de la justicia, mi queja es el vecino. Se apropió de una vaquilla diciendo que era suya. ¿Cómo iba a ser?, si yo mesmo la crié.

HOMBRE 1—¿Y el puerco que me mató por pasarse a su hortaliza, quién me lo va a pagar? ¿Ah?

EL VIEJO—¿Cuándo hay sabido ni una cosa de sus puercos, yo!

HOMBRE 3—Lo que pasa, pa'hablar verdad, es que aquí se lo llevan en puras cuestiones de leyes y no atienden los problemas del pobre. Mi queja es el agua. Mi consuegro, que tiene chacra colindante, cuando se le pone cortármela, ¡me la corta!

LA MUJER—(*Chillona*) Es que su hija nos salió harto "trajiná" fijesé. (*A los otros*) De tres meses estaba preñada y ¡vaya usté a saber de quién!

HOMBRE 3—¡Estampo aquí, que si esa familia (*Designa a la mujer*) no se retira de este sindicato, me retiro yo.

LA MUJER—Váyase, pues. (*Levantándose*) Si mi marido le corta el agua ¡es por causa! Ese hombre, toítas las noches corre su mugre de cerco, pa'agrandar su mugre de chacra, ¡con su mugre de repollos apesta'os que tiene!

(*Todos levantándose y pisándose los parlamentos*)

HOMBRE 3—Aquí mismo denunció a su marido por contrabando de animales por la cordillera.

LA MUJER—¡Y yo, qué me demoro en contarle a su mujer legítima la tendalá de críos que tiene con la hija del mayordomo!

EL VIEJO—¿Y mi vaquilla?

HOMBRE 1—¿Y el puerco quién me lo va a pagar?

HOMBRE 3—Puras cuestiones de leyes, y del pobre na'que se acuerdan.

EL VIEJO—Voy a presentar denuncia al Juez "Gusía" . . .

Toque de riel. Se sientan todos.

Voz grabada.

"CUARTA BATALLA: CONTRA LA "BONDAD" DE LOS PATRONES".

HOMBRE 1—(*Se levanta, sumiso*) Allá los señores de la Hacienda siempre han sido como padres pa'uno. Si dan una orden, tienen buen modo. Dicen "hijo, saque los escrementos del corral, hijo esto . . . hijo est'otro", Si uno se enferma, allá van con su consejo. Si escasea el pan, se comiden con una sobrita. Nace un niño, lo bautizan. Muere un viejo, ellos mismos ayudan en el entierro. Y como aquí hay oído que los nombran "pulgueses y latifundistas", siendo insulto, me retiro. (*Sale*).

LA MUJER—Cierito: yo na'tengo que sacarle a mis patrones. No son nada de orgullosos y harto caritativos.

HOMBRE 2—Y yo digo que está mal que vaya un compañero de aquí a averiguar a la capital si los patrones tienen sus papeles en regla. Eso es pura deslealtad. Porque ahora que estoy de mayordomo, he visto como es la cosa, y es así: el patrón es el primero que se levanta y no para, hasta que oscurece, porque él tiene que andar en todo. En cambio los peones ¡a esos hay que andarlos correteando para que se agiliten! No lo ponen ningún empeño al trabajo; otra, que se emborrachan. Y yo digo ¿cómo andaría la Hacienda de estar en manos de ellos?. Por eso, doy aviso que allá se quitó el permiso pa'presentarse en este sindicato. El patrón que tiene cabeza pa'saber de estos problemas, dice que más flojos se vuelven cuando vienen aquí, a meterse en cuestiones de política. (*Sale*).

LA MUJER—Yo, ná'tengo que sacarle a mi patrona: cuando en vez pasá, me vino el ataque, ella no hizo asco pa'meterme en su coche y llevarme a Curacautín, a que me atendiera su propio doctor. Y él me dijo: "Mire, hija, si no la traen tan a tiempo, a est' hora es difunta". Y ahora puedo decir con orgullo ¡que soy operá! . . . (*Los mira desafiante*) Y no fué en hospital, que sa-

bido que el cristiano que entra al hospital, sale de ahí “con los pies por delante”. Me operó doctor “particular”. ¡Eso debían tener aquí, y remedios buenos, en lugar de llevarse puro hablando de política, que por algo será que la pintan tan fea! ¡Miren que andar averiguando si la tierra es o no de los patrones! Dios me libre y la Virgen Santísima de ser una sublevá. Cuando sabido es, que la tierra, legítimamente, con o sin ley, ¡siempre fué de los patrones! Y si es por tener instrucción, allá mis patrones pusieron una escuelita pa’los chiquillos del fundo. ¡Ahí tienen! *(Los mira y sale)*.

EL VIEJO—*(Se levanta, socarrón)* Bueno . . . que aquí se dice que los patrones, con buenas palabras y engaños, nos tienen bien atados al yugo. Así será, pues. *(Pausa)* Pero yo digo ¡que está bien que haya patrones!. El pobre, siendo tan miserable, ¿cuándo va a ayudar al pobre? ¡Hace falta que haya un rico cerca, que le tienda la mano! *(Sale)*.

Sólo queda IGNACIA que ha mirado como salen los demás.
Pausa.

Toque de riel. Todos regresan. Se añaden algunos más.

Voz grabada.

“ULTIMA BATALLA: CONTRA LOS FUNCIONARIOS Y SUS PAPELES”.

Entra el SUBDELEGADO, hombre caricaturesco, con una carpeta llena de papeles, que sin cesar consulta y deja caer papeles.

NARANJO lo sigue en actitud servil llevando más papeles. JOSE los recibe.

NARANJO—¡El señor Subdelegado!

SUBDELEGADO—De pié, que entra la autoridad. *(Ellos se levantan, se sientan, desconcertados)*.

NARANJO—Respeto al señor Subdelegado.

SUBDELEGADO—El respeto es lo primero que tienen que aprender los huasos de mi subdelegación. (*a NARANJO*) La carpeta. (*El se la pasa, caen algunos papeles, que NARANJO recoge*) Yo digo que esto es un sindicato. Y sindicato quiere decir . . . ¡comunismo!. Haré denuncia.

JOSE—¿A qué renuncia se refiere, señor Subdelegado?

SUBDELEGADO—Sepan que me opongo en sí y en no a esta organización. Es decir, me opongo a los malos elementos que tiene . . . ¡teniéndolos!

JOSE—¿Y cuáles serían, señor Subdelegado, esos elementos?

SUBDELEGADO—(*a NARANJO*) Recoja esos papeles. (*Mirando uno de estos papeles*) El nombrado Juan Leiva, dirigente de este Sindicato estafó dinero a los campesinos de mi subdelegación, por quienes tengo el deber . . . de velar. (*Ordena papeles*) Habiendo fraude . . . y dolo, como lo atestiguan estos papeles ¡con debida firma y sello!

Los campesinos miran los papeles que hay en el suelo o que tiene NARANJO.

VARIOS DEL BANCO—¿A esos dedos negros le llaman firma?

—En vez de enredarnos con sus papeles, diga si van a repartir u no las tierras . . .

—Más de un año que prometieron la Hacienda Ranquíl.

—¡Cuánto hace que estamos aquí esperando!

SUBDELEGADO—¡Silencio!

NARANJO—Respeto a la autoridad.

JOSE—Tiene que haber error, señor Subdelegado. Las cuotas

del sindicato han sido siempre voluntarias. Y se destinan a los que van a hacer las gestiones a la capital.

SUBDELEGADO—¿Gestiones? ¿Cuáles gestiones?

JOSE—Denuncias de tierras usurpadas, y solicitud de los aspirantes a colonos, según la ley.

SUBDELEGADO—¿La ley? No hay más ley que la que está escrita, aquí en estos papeles, con debida firma y sello. Sepan que hay orden de detención contra el agitador . . . ¡el cuatro . . . Juan Leiva! Un afuerino indeseado que ha venido a sublevar a los inquilinos prometiéndoles tierras que tienen dueño . . . *(Se levantan murmullos del banco)* ¡Silencio!

NARANJO—Respeto a la autoridad.

SUBDELEGADO—Que tienen dueños, legítimos, hombres esforzados que a costa de sacrificios han hecho producir estos terrenos de cordillera ¡en beneficio del país! *(Tono lastimero)* ¿No comprenden que ya es bastante duro tener que afrontar los embastes del clima, la nieve, la falta de caminos, para que encima tengan que soportar a los politiqueros? ¡a los “bolcheviques” . . . que en su ansia de poder vienen aquí a sabotear! sí, ¡sabotear es la palabra! los intereses nacionales. Porque el trabajo de la agricultura es un pilar de nuestra economía. Por tanto, considerándose el susodicho sindicato, foco de actividades subversivas y ¡antipatrióticas! se procede, acto seguido, a su clausura. *(Inicia salida, regresa)* Se enviará fuerza pública, por carecer este sindicato de legalidad.

Entra PEDRO anunciando, seguido de MAÑUNGO.

PEDRO—Compañeros ¡traigo una noticia! *(Se coloca frente a ellos)* ¡Ganamos las tierras de Ranquíl!

Se produce murmullo de entusiasmo entre los del banco.

SUBDELEGADO—¡Silencio! *(a PEDRO)* Y usted, ¿quién es?
PEDRO—Pedro Uribe.

JOSE—Secretario del Sindicato. Viene de la capital.

PEDRO—El gobierno nos repartirá la Hacienda Ranquíl, Juan Leiva quedó allá para ultimar los trámites. *(Al SUBDELEGADO)* Aquí está la copia del decreto. *(SUBDELEGADO la examina)* Ochenta familias tendrán sus pueblas de cien hectáreas cada una. *(NARANJO, disimuladamente pasa a colocarse entre los del banco)* ¡Esta es victoria grande, compañeros!

Uno del banco dice “Viva el sindicato” y los otros con sobriedad, emocionados, corean con un “Viva”. IGNACIA llora de alegría, alguno la abraza, sube el murmullo de los del banco, comentando.

SUBDELEGADO—Calma, calma. *(A PEDRO, con un cambio total en el tono, ahora cordial)* Bueno, los papeles están en regla . . . ¡Otra cosa es con legalidad!

NARANJO—*(A los del banco con falsa alegría)* ¡Ya decía yo, que haciéndole empeño íbamos a ganar esas tierras! Ahora, faltan los de Nitrito. *(Se hace un silencio de desaprobación).*

SUBDELEGADO—*(En orador, solemne)* Señores. Esta es en verdad una gran noticia. Como Subdelegado me siento orgulloso del trabajo que habéis realizado. Pero recuerden que al poseer tierras propias, pasan a ser ciudadanos responsables, y que deben cumplir ordenadamente con las leyes. También me siento orgulloso de pertenecer a una nación progresista, de ideas avanzadas. Y hago notar en la ocasión, con estas improvisadas palabras, la rectitud, la honradez de los dueños de fundo que supieron acatar la palabra del supremo gobierno. Y termino, recordándoles que desde ahora, muchos de ustedes serán ¡propietarios! Y espero que comprendan lo que esto significa,

y que sepan asumir con . . . dignidad . . . y “cultura” esta nueva situación. He dicho.

NARANJO—(*Entusiasta, mientras el subdelegado sale*) ¡Un aplauso para el señor subdelegado! (*El sólo aplaude hasta que debe dejar de hacerlo*).

LOS DEL BANCO:

—Bueno, ¿y qué esperamos para ir a celebrarlo?

—Yo pongo un cordero.

—Eso está bueno.

—Y yo, para remojar el gaznate.

—Eso está mejor.

Sobre el alboroto, uno dice: ¡Fiesta grande tendrá que ser! Estalla una alegre música de fiesta popular campesina. Ellos van saliendo con las bancas, hasta haber despejado el escenario, se oirá la canción, cuecas con tamboreo.

(ENTRA LORENZA Y SOBRE LA FRASE ULTIMA, DICE, HACIA PUBLICO EVOCANDO).

LORENZA—¡Y fué fiesta grande! (*Pausa. Sigue la música*). Fué en Ranquíl, donde la familia Lagos, los padres de Rogelio. Se bailó hasta de amanecida. Eso sería, allá por el año treinta y tres . . . En Diciembre, verano entrado . . . (*Escucha. Se destacan dos voces femeninas cantando en tono agudo a la manera campesina, LORENZA sonrío*) cantaron las Ortíz esas no podían faltar. (*Se queda escuchando las voces cantando*) Dos de ellas viejonas ya, se casaron para este jolgorio . . . (*Alegre*) Los de Ranquíl andaban con el alma livianita, por tener su tierra. Y los otros, por tener más firme la esperanza . . . (*Escucha, y dice al cesar la música de fondo*) Fiesta bien cantá, y bien remojá . . . también . . .

Al fondo aparece Rogelio. Ella va hacia él, lentamente:

LORENZA—¿Oye las ranitas, Rogelio?

ROGELIO—(*Con intención*) Diciembre, es época de celo . . .

(*Le trae un vaso de vino*) Se la hago. (*Brinda. Ella bebe*).

LORENZA—Se la pago. (*El bebe*) ¿Quién iba a pensar que teniendo ellos tanta fuerza, le íbamos a ganar estas tierras, Rogelio?

ROGELIO—Tampoco ellos las perdieron. Dicen que el Fisco, siendo que eran tuyas, se las tuvo que pagar a buen precio.

LORENZA—Los ricos ¿cuándo pierden? (*Pausa, con malicia*) En fin que ahora, don Rogelio Lagos, ya tiene su puebla propia, “arriba en la veranada, para criar ganado a parte de sus padres...”

ROGELIO—Y usted, doña Lorenza Uribe. Donde yo levante casa ¡ahí va a estar la suya!

LORENZA—(*Pausa*) Mi casa está en Nitrito, Rogelio. Y por allá, no hay luces de títulos.

ROGELIO—¿Cuándo no, pues! Le hablan de casarse y ella sale con los títulos.

LORENZA—Es que tengo un mal presentimiento . . . Andan con puros trámites y demora allá en Nitrito.

ROGELIO—¿Que no están medidos los terrenos, ya?

LORENZA—Ahora salieron con la novedad de que tenemos que firmarles contrato de trabajo, para que nos cumplan con las leyes sociales. Recién no más se acordaron de sus leyes sociales . . .

ROGELIO—¿Firmar? Eso es reconocer patrón. Con eso enredan a los ignorantes. Llegan con papeles y los marean hablándoles de cosas que ellos no entienden. Y los tontos van y firman. Ahí quedan vendidos al patrón.

LORENZA—Y también están los “overos” que a sabiendas se dejan comprar. (*Suspira*).

ROGELIO—Ave María, tremendo suspiro . . . Casi me voltea. (*Ríe*) Ya pues, anímese. ¿No ve que estamos celebrando? Mire, si nos dieran Ranquíl, con la pelea del sindicato, señal que nos darán Nitrito.

LORENZA—Usted no pierde la fe. Pero a mí se me hace que nos dieron estas pa’tenernos sosegados, mientras agarran resuello. No crea que allá los dueños van a aflojar tan fácil. Menos ahora que vieron rendir la tierra con el trabajo en común . . . (*Soñadora*) Ahí donde nunca antes entró el arado ¡tenemos más de treinta hectáreas sembrá’s! Las ovejas este año parieron de a tres corderitos, y parece que hay oro en las sementeras. No nos pueden quitar esas pueblas, Rogelio. Ya echamos raíces, y ese es el amor que uno tiene . . .

ROGELIO—(*Con malicia*) Y ahora, olvídense tantito de la tierra y piense en su hombre. (*Pausa*) ¿O es que el hombre no vale la tierra?

LORENZA—Bueno . . . que el hombre se me da. Y la tierra . . . (*Seria*) Usted está contento: tiene los títulos en la mano. ¡Pa qué más!

ROGELIO—¡Ya plantó el caballazo doña Lorena Uribe! Miren que iba a estar contento “pasando yo el río y que los demás se ahoguen” . . . La pelea no es más que una sola. ¿O cree que iba a quedar, cruzado de brazos, mirando namás por lo mío? (*LORENZA, impulsiva se echa en sus brazos y lo besa en los labios. El se queda paralogizado por la sorpresa, luego exclama*) ¡Carajo! ¡Que haya que soltarle un discurso a la hembra brava pa’sacarle un beso! Lo que pueden las palabras.

LORENZA—¿Palabras no más, Rogelio?

ROGELIO—¿Usted qué cree?

LORENZA—No estaría aquí celebrando si supiera que Rogelio Lagos es de los que miran nomás por lo suyo.

ROGELIO—¿Y que más?

LORENZA—¿Qué más se le ofrece?

ROGELIO—Usted siempre dando vuelta y vuelta. ¿Cuándo me va a decir, así simplecito “yo lo quiero Rogelio”?

LORENZA—¿Hará falta?

ROGELIO—¿Y si me hiciera? (*Ella va a decir algo*). No . . . no lo diga. (*Ríe*) Capaz que me muera de un susto. O me parezca que ésta no es mi Lorena.

LORENZA—Miren lo que discurre. (*Pausa*) Lo que le iba a decir, es que le doy mi palabra que el mismo día en que allá nos entreguen los títulos, vengo a buscarlo para levantar casa donde usted diga. Eso sí, tiene que tomarme con mi “guacha”, la niña Guacolda. Donde voy tengo que saber ir con ella. (*El calla*) Bueno, si le parece mal ¡no he dicho ni una cosa!

ROGELIO—Usted sabe que aunque fueran diez crías, no le voy a poner reparo.

LORENZA—¿Qué fué, entonces?

ROGELIO—“El día en que les den los títulos” . . . Hace años que la espero, Lorena. Para tenerla como mujer mía: por la mañana, juntos en el trabajo, por la noche, juntos en la cama.

LORENZA—Suena bonito, y así va a ser.

ROGELIO—¿Por qué no ahora?

LORENZA—Si me voy de Nitrito, serán brazos menos en la siembra y esta boca menos pa’hablar alto si nos vienen a embromar. Mis hermanos me dan apoyo, pero también yo soy fuerza pa’ellos.

ROGELIO—Total, pretexto no le falta. Siempre miró más por sus hermanos que por su hombre.

LORENZA—¿Eso entendió?

ROGELIO—(*Con enojo*) ¡Qué quiere que entienda!

LORENZA—Que hay cosas que importan más que una fecha de casamiento. Y si no es ese su parecer . . . (*Le vuelve la espalda*) ¡pa qué gasto palabras!

ROGELIO—Ya se encabritó . . . (*La toma y la obliga a mirarlo*) Pegue fuerte, que todavía agüanto. (*Pausa*) ¿No ve que es así, brava, como la quiero?. (*Pausa*) Está bien, Lorenza: queda entendido, usted y yo estamos casados en esta pelea por la tierra ¡y ni con hacha nos apartan! (*La abraza, se escucha el croar de las ranas. Luego la voz de MAÑUNGO llamando a LORENZA, ella se separa de ROGELIO y entra MAÑUNGO*).

LORENZA—¿Qué pasó, Mañungo? ¿No se había quedado en Nitrito pa'arriar las bestias?

MAÑUNGO—De allá me vine reventando el caballo. Llegaron guapeando los carabineros del Retén: que se presenten Pedro y José. En "la de no" van detenidos. Y no hay luces de ellos.

LORENZA—Yo sé donde hallarlos. ¿Pa'qué los buscan?

MAÑUNGO—No dieron razón.

LORENZA—Condena'os . . . Alísteme un caballo, Mañungo. (*Sale MAÑUNGO*) Tengo que darles aviso que no se muestren. Seguro que la orden viene de los "dueños". Ellos hacen y des-hacen y tienen los carabineros a sus órdenes.

ROGELIO—¿Quiere que la acompañe?

LORENZA—No, Rogelio: mujer sola no despierta sospecha. Pero présteme sus espuelas, así voy rapidito. (*El se las coloca*) Por algo andaba con mal presentimiento.

ROGELIO—Pero ¿de qué pueden acusarlos a sus hermanos?

LORENZA—Ni falta que les hace un pretexto. Ellos son los que hablan alto en Nitrito. Quieren encerrarlos, para quitarnos

las pueblas. (*Con angustia, mientras ROGELIO termina de colocarle las espuelas*) Rogelio . . . se me hace que con esto ¡se terminan los días buenos!

Toque de riel. Apagón lento, dejando luz sobre el rostro de LORENZA hasta desaparecer.

Fin de "Los días buenos".

“LOS DIAS MALOS”

LORENZA al centro del escenario, como al finalizar la primera parte, Música que marca las visiones, luz espectral, los tres hermanos al fondo.

LORENZA—No . . . ¡Hasta aquí llega la Lorenza! ¡Los días malos los borré de mi memoria!

LOS HERMANOS—Vuelva atrás, hermana. Hable de los que cayeron.

LORENZA—¿Para qué? Allá donde peleamos volvieron a ponerse el yugo. En Ranquíl y Lonquimay, nadie volvió a nombrarnos. Somos los malditos.

LOS HERMANOS—Vuelva atrás, Lorenza. Vuelva atrás.

LORENZA—¡No! *(Con angustia)* No me hagan volver a esa oscuridad. Hay una criatura muerta . . . ¡y no quiero toparme con ella! *(Se deja caer, queda arrodillada, cubriéndose el rostro. Entra ROGELIO, trayendo una cayana con trigo).*

ROGELIO—La muerte no existe, Lorenza. *(Deja la cayana junto a ella y se retira).*

LORENZA—*(Sin volverse)* Rogelio . . . siempre se me aparece, como un sol que me ilumina . . . *(Hundiendo sus manos en el trigo)* Sé lo que me trae, no hace falta que lo diga. *(Deja escubrir los granos en silencio entre sus dedos)* Cierro que la tuvimos, la esperanza . . . No por mucho tiempo, pero la tuvimos . . . Firme . . . como el trigo en la mano . . .

Sobre esto, cesa la música de las visiones y unos acordes sirven de fondo para la escena siguiente, aumenta la luz. Entra ahora MAÑUNGO y JOSE, LA MADRE que trae una cesta con una

criatura, MAÑUNGO le pone un escaño para que se siente. LORENZA los mira como si despertara de un sueño).

LORENZA—¿Quién me trajo la cayana?

MAÑUNGO—¿No dijo que iba a tostar trigo?

LA MADRE—Se olvidó de su guacha. (*Le acerca la cesta con la niña*) Está refrescando afuera.

LORENZA—(*Tomando la niña envuelta en chal*) Tan linda mi Guacolda . . . Me soñé que la perdía . . . (*Pausa*) Está sopladita, igual que los granos de trigo. (*Mostrando un puñado de trigo*) ¿Vió el tamaño, madre?

LA MADRE—Cierto que no se daba así en Santa Bárbara. Es semilla buena.

DOMINGA—(*Entrando con un racimo de uvas*) Lorenza ¡la parra dió su fruto! Quien iba a creer que resistiría los hielos . . .

LA MADRE—Están ácidas con la falta de sol.

DOMINGA—Son las primeras, pues.

Entra PEDRO y se ocupa de arreglar un instrumento de labranza ayudado por JOSE.

LA MADRE—No hay ná que decir, este año fué de abundancia: se dan las uvas en la misma nieve, las ovejas paren de dos y tres crías y también, mi hija . . . (*Mira a DOMINGA*) se me hace que anda con el vientre cargado. Y no hay luces de padre. (*DOMINGA baja la cabeza*).

LORENZA—(*Junto a DOMINGA tocando su vientre*) Esta también es semilla buena.

LA MADRE—Pedro es el que sujeta la casa: a él le corresponde dar un juicio.

DOMINGA—(*A PEDRO*) Nunca he querido más que a un solo hombre.

PEDRO—Lo sé, Dominga.

DOMINGA—¿Y qué me dice?

PEDRO—Para criarlo hay. Lo demás, es cosa suya.

DOMINGA—Aunque es cosa mía, lo estoy consultando.

PEDRO—(*Se toma su tiempo, sonrío*) Los críos alegran la casa.

MAÑUNGO—Y a mi ¿nadie me consulta? (*Se hace un silencio*).
¡Yo digo que sea machito! Hacen falta arrieros.

DOMINGA—(*Jubilosa*) Aunque esta semana no es na'mía la obligación, ¡déjenme lavar yo las camisas! ¡con el lienzo blanquito y los cuellos engruda'os, para que presuman en el pueblo!

MAÑUNGO—(*Riendo todos*) ¡Cuello duro es cosa de burgueses!

LA MADRE—Mucho jolgorio tienen, y no se acuerdan de los hablantes. Más de uno se preguntará quién le hizo la criatura.

PEDRO—Que me lo pregunten a mí. O a éste (*Por MAÑUNGO*) que ya aprendió a manejar los puños.

MAÑUNGO—Y yo les digo que fué cosa del Espíritu Santo, como lo mienta el curita de las misiones.

LA MADRE—No haga burla, Mañungo. Respete si desea que lo respeten.

MAÑUNGO—¿A esos?. Los patrones los engordan en su mesa y después los echan a predicarle al pobre que “aguantando miseria se gana el cielo”.

DOMINGA—Bueno, que a mí me dió esta medallita, y la ando trayendo para que me cuide al niño, pero yo ¡soy comunista!. En su cara se lo dije.

LA MADRE—¡Jesús! Niña . . .

PEDRO—(*Paternal*) ¿Y qué entiende la Dominga por comunismo?

DOMINGA—Es . . . pelear firme, para que cada niño que nace, cualquiera sea la cuna, tenga pan y escuela, y se le venga facilito el porvenir . . . Y si lo dice Juan Leiva, será bueno pa'l pueblo, ¿verdad hermana?

LORENZA—Yo creo en lo que es justo, no me importa el nombre. *(Tomando la cayana)* Mañungo, lleve la cayana al cuarto del fogón. *(Sale MAÑUNGO)* Vamos a guardar más trigo este año.

PEDRO—Bueno está. Porque no habrá piñones.

LORENZA—¿Cómo fué eso?

PEDRO—Los ricos quitaron el permiso para subir a los pinares. Van a soltar sus chanchos de engorda. *(Sale)*.

LORENZA—¡Los muy carajo!

LA MADRE—¡Lorenza! No son palabras de mujer.

LORENZA—Claro . . . ¿qué les importa ver flacos a los niños campesinos con tal que engorden sus puercos? El puerco se vende en la feria, el niño, no.

DOMINGA—Entonces ¿los pinos araucaria, también son d'ellos?

LORENZA—*(Rabiosa)* Aquí "todo" es d'ellos, hasta topar con la Argentina.

LA MADRE—Esos pinares eran tierras de indios. Los corrieron a la mala para poner aserradero.

LORENZA—¡Qué se queden con sus piñones, los malditos! Lo siento namás por la fiesta que era ir a recogerlos al monte.

LA MADRE—Van a hacer falta. Los piñones; ese es el pan del invierno.

Entra MAÑUNGO, alterado y anuncia:

MAÑUNGO—Vienen los carabineros . . . la pareja del Retén: andan recorriendo las pueblas.

Los que van quedando en el camino ■ 37

LORENZA—*(A DOMINGA y MADRE)* Pasen al cuarto del fogón, rapidito . . . A Pedro y José que no se muestren. Yo los recibo.

LA MADRE—Tanto que les dije que era mejor quedarse en Santa Bárbara . . . *(Tomando la cuna de la niña)* ¿De que sirve tener tierras propias si una vive con el alma en un hilo? *(Le flaquean las piernas, LORENZA la ayuda)* Mis piernas . . . *(Va saliendo)*.

LORENZA—Cuidado . . .

LA MADRE—*(Muy alterada)* ¿No dijeron cuantu'a que venían a corrernos en el mes de Abril? ¿Qué falta ya pa'l mes de abril?

LORENZA—Vaya tranquilita, madre. Sacamos acuerdo de no darnos por vencidos.

Pasa a sentarse en el escaño donde estaba la madre.

Entran dos policías rurales.

POLICIA 1—Pedro y José Uribe.

LORENZA—¿Así saluda ahora la autoridad? Antes decían "buenas tardes".

POLICIA 2—Llámelos.

LORENZA—Difículto que oigan. Fueron a Victoria a vender un triguito. ¿Les sirvo una taza de ulpo? La harina está recién tostada.

POLICIA 2—¿Quién responde al no estar ellos?

LORENZA—En esta puebla somos todos dueños por igual.

POLICIA 2—Inquilinos, querrá decir.

LORENZA—El gobierno nos entregó estos terrenos y dijo que podíamos trabajarlos en comunidad. Están al dar los títulos.

POLICIA 1—¿No supo entonces que hubo cambio de gobierno?

38 ■ Los que van quedando en el camino

LORENZA—Ahora sí ¿Acaso las matas de trigo van a dar melones porque arriba mueven un presidente?

POLICIA 2—Ya, no dilate, y firme aquí. (*Presenta un papel*).

LORENZA—Es que tengo que leer primero lo que dice. Y . . . ¡poco le pego a las letras, fíjesé!

POLICIA 1—Saben cuando les conviene. (*Leyendo*) “Orden de desalojo de las pueblas, a todos los que se negaron a firmar contrato de trabajo, para el día 3 de abril”.

PEDRO—(*Entrando con JOSE*) ¿Por qué les vamos a firmar contrato si ellos no son los dueños?. Aquí somos colonos, propietarios, según la ley. El mismo gobiernos dictó esa ley para favorecer a los campesinos pobres. Y están acatados todos los reglamentos.

JOSE—Esa orden no reza para nosotros.

POLICIA 1—Despacito, despacito . . . (*Saca otro papel*) Que aquí tengo una orden de detención, en rebeldía, contra los nombrados Pedro y José Uribe . . .

PEDRO—¿Qué mariconada es esa?

JOSE—Diga de qué se nos acusan.

POLICIA 2—Pregúnteselo al juez. Ahora, acompañenos al Retén.

JOSE—Acaso se nos da la gana. (*Se vuelven para salir policía saca pistola*).

POLICIA 2—Por las malas si no es por las buenas.

JOSE—Por las malas entonces.

Los policías les ligan con una cuerda las manos a la espalda y los hacen salir. POLICIA 1 le pasa a LORENZA la orden:

POLICIA 1—Y usted, doña, recíbese de la orden de desalojo. (*Sale*).

LORENZA *quema el papel con un fósforo.*

APAGON.

Luz roja al fondo (o panel rojo) para el incendio del desalojo. LORENZA sale y regresa con un poncho y un saco, acompañada de DOMINGA. Al fondo se ven pasar los campesinos, apurados, a gritos, por dos policías. Llevan algunos enseres. MAÑUNGO cruza llevando a la madre en brazos.

LORENZA—(A DOMINGA, en primer plano) ¿Oye? Es el llanto de la Guacolda. Pobrecita mi guacha, se asusta con el griterío. (Hacia afuera) ¡No se olvide del telar, Mañungo, súbalo a la carreta!

DOMINGA—Vamos, hermana. Vienen más uniformados. ¿De adónde sacarán tantos?

POLICIA 2—(Al fondo) Apúrense, “hij’una”... a palos hay que arriarlos... son peor que mulas... Tres días llevamos en ésto y todavía no juntan sus pilchas...

POLICIA 1—Sujeten esos perros, ¡desgracia’os! ¡Ya! despejando... (Al viejo SIXTO que entra por el fondo, caminando con dificultad) ¡Mueva su carreta, que estorba!

VIEJO SIXTO—Joder... ¿no ven que se le rompió el eje con el peso?... joder... andan a culatazos con las bestias, y después hay que ultimarlas pa’ que no sufran.

DOMINGA—(A LORENZA) Se emborrachó don Sixto, pa’ pasar lo amargo. El fuego le cundió pa’la era. Lástima de triguito.

POLICIA 1—(Volviendo a SIXTO) Vaya a sacar su carreta le dicen. (Le da un empujón y SIXTO, con su borrachera, cae al suelo. Otro campesino, ORTIZ, lo ayuda a levantarse).

ORTIZ—(A POLICIA 1) Miren que andar a rempujones... ¿no ve que es un viejo?

POLICIA 1—Cumplimos órdenes.

ORTIZ—¡Qué tienen que meterse! La cosa es entre nosotros y los dueños, ¿no ven que los tienen de perros guardianes? Déjenlos a ellos que peleen . . . ¡que vengan a echarnos ellos mismos a ver si son tan hombres! . . .

Sale con SIXTO esquivando al policía que le trata de dar con la culata de su carabina.

LORENZA—Vaya usted. *(Le hace salir. Ella se planta junto al saco al ver que se acercan los dos policías).*

POLICIA 1—Ya, muévase, doña.

LORENZA—Quiero mirar hasta el último para ver de los que son capaces . . . criminales.

POLICIA 1—Cuidado con lo que habla: no crea que por ser hembra la vamos a respetar.

LORENZA—Sabido es que ni a su madre respetan, los desgraciados.

POLICIA 1—Sujete esa lengua, o va presa por desacato a la autoridad.

LORENZA—Eso es . . . ¡Ya se les llenó el hocico con la “autoridad”! ¿Por qué no le nombran el apellido a su “autoridad” mejor?. Los patrones los ceban igualito que a sus puercos y después los azusan contra el campesino.

POLICIA 2 se acerca a darle un golpe, el POLICIA 1, lo retiene.

POLICIA 1—Guarde ¡no la toque! Eso es lo que buscan: tener una víctima, pa’despues jodernos. A esta perra enrabia la conozco: es la hermana de los Uribe.

LORENZA—Sí, los que tienen presos y que torturaron en el calabozo de los dueños . . . ¡vendidos a los ladrones de tierra!

El POLICIA 2 la toma desde atrás, ella le muerde la mano.

POLICIA 2—Putá . . . ¡ésta me la pagais! *(Le descarga un golpe con la culata en la espalda que la hace doblarse de dolor).*

LORENZA—Pégame, cobarde . . . pégame . . . No tendremos carabinas pero tenemos la rabia . . . *(Saliendo)* La rabia . . . ¡esa es el arma del pobre . . .!

Toque de riel.

Cambio de luz, panel blanco, para el hielo. LORENZA avanza, ahora abrigada con su poncho.

Se escuchan, unas notas agudas, espaciadas, entran cuatro campesinos, que son el coro del relato de LORENZA.

LORENZA—*(Hacia el público)* y nos corrieron a un lugar de puro risco y cordillera. Le pusimos por nombre “Matadero” porque vimos que ahí mismo nos íbamos a morir. Era chico, así como un nido, pedregoso, encaramado entre el Llanquén y las nacientes del Bío Bío. *(Pausa)* Tierras malas, donde no entra el arado.

UN HOMBRE—No se puede sembrar.

LORENZA—Y el pasto que se merecía, era talaje de otros, tan pobres como uno.

OTRO DEL CORO—No se puede tocar.

LORENZA—Ahí nos dejaron, a toda pampa. En el mes de Mayo empezaron las lluvias.

MUJER—No hay como defenderse: se forman vertientes y bajan inundando los ranchos.

HOMBRE—Los animalitos se entumen a la interperie.

LORENZA—Y en el mes de Junio se descargó el invierno. Ese año, como nunca, se ensañó con el pobre.

HOMBRE—Bajó la helada hasta escarchar la tierra.

LORENZA—La gente se fué quedando muda, y si hablaban, era para ponerle nombre al frío.

HOMBRE—Pica fuerte “el mosquito”.

MUJER—Amaneció un hielo furioso.

HOMBRE—Entume hasta el hueso el cabrón.

MUJER—Esta es cuchilla que clava las carnes.

HOMBRE—Embroma el carajo. (*Salen todos y entra ROGELIO, trayendo su caballete. Poncho oscuro y botas*).

LORENZA—De día no es tanto, con el quehacer algo se engaña, pero de noche, viene el “maldito” y se acuesta con una.

ROGELIO—(*Acercándose*) ¡Suerte del frío, ocupando el lugar que a mí nomás me corresponde!!

LORENZA—Rogelio . . .

ROGELIO—Me vine con provisiones desde Ranquíl. Allá están haciendo fuerza para ayudarlos.

LORENZA—Y a mí, ni fuerzas me quedan para agradecerle. (*Pausa Rogelio sé que está arriesgando su puebla, en Ranquíl, por hacer la pelea con nosotros.*)

ROGELIO—Defender la tierra de otros, es defender la de uno. Y aquí, la única fuerza es seguir unidos, en la buena como en la mala. (*Pausa. Ríe*). Vaya. Creí que me iba a merecer un cariño por el discursito.

LORENZA—El frío me tiene derrotada.

ROGELIO—¿Andan mal de leña?

LORENZA—Andamos mal de todo. (*Pausa*) Se me hace que no pasamos el invierno (*Se cubre el rostro*).

ROGELIO—¿Cómo fué eso?. Guarde sus lágrimas para cuando yo me muera. Así muero contento, sabiendo que alguien me llora.

LORENZA—Tengo miedo.

ROGELIO—¿Mi hembra brava?

LORENZA—Cuesta ser brava. (*Pausa*). No es miedo a la policía, ni a los terratenientes. Lo que me asusta son los ojos de los niños . . . (*Habla con frases entrecortadas, con su desesperación contenida*) A uno ya se lo llevó el frío. El hambre nos tiene sin defensa. A mi guacha nunca le faltó su leche y su harina, pero, en la escasés, tenemos que repartir por igual. (*Sube el tono angustiada*) ¡Hay que enseñarles a los niños que se come una sola vez al día . . . laya de enseñanza . . . laya de enseñanza! ¡No es justo! no es menos crimen porque no se ve correr la sangre. (*Pausa*) Si no fuera por mis hermanos, que me lo prohíben, ¡juro que me salgo de noche a robar en casa de los ricos! Tanto pan perdiéndose . . . ¿no tendrán conciencia, digo yo?.

ROGELIO—No pierda la fe.

LORENZA—¿Dónde quiere que la guarde si no veo más que el desamparo?

ROGELIO—Le traigo noticia: los hombres están reunidos en el Alto Llanquén.

LORENZA—(*Mirándolo esperanzada*) ¿Vino Juan Leiva?

ROGELIO—Sí, pero anda escondido. Anoche habló con su hermano Pedro, y ahora él va a dar cuenta a los demás de su palabra.

LORENZA—¡Muy bonito! Se juntan mis hermanos para decidir los destinos del Matadero, ¡y a mí ná'que me avisan!

ROGELIO—Hay mucha vigilancia: no quieren arriesgar a las mujeres. (*Va hacia su caballete al fondo*).

LORENZA—Lléveme, Rogelio.

ROGELIO—A la vuelta paso a darle razón.

LORENZA—Llévame . . . me escondo entre las matas.

ROGELIO—*(Montando)* Es cosa de hombres.

LORENZA—¡Vaya! ¿Así es que tengo que ponerme los pantalones?

ROGELIO—*(Riendo)* No hace falta. Móntese. *(Ella corre hacia su caballete y el la ayuda a subir a la grupa. Se queda quieto).*

LORENZA—¿Y? ¿Qué espera?

ROGELIO—Que se agarre fuerte. *(Ella soríe y se toma de él)* ¡Más fuerte, que vamos a galopar! *(Ella se abraza de él, sonriendo. ROGELIO simula espolear el caballo).* ¡Al Alto Llanquén!

Apagón, ruido de cascos al galope y estruendo del río, para el fundido con la próxima escena, de la reunión a orillas del Llanquén.

Los hombres entran desordenadamente, se sientan algunos. Todos tienen sus ponchos oscuros, algunos, perneras de cuero de oveja, sombreros desteñidos de intemperie. Están: JOSE, MAÑUNGO, ROGELIO, NARANJO, VIEJO SIXTO, ORTIZ, CHUMA Y NUÑEZ. Luego entrará PEDRO, a quién esperan.

CHUMA—Los animalitos merman con el hambre y el frío. Solos se reducen.

NUÑEZ—Así no podemos seguir.

NARANJO—Ya que estamos aquí para tomar decisión, aviso que los del aserradero andan ofreciendo trabajo. Mal pagado, eso sí.

CHUMA—Antes andar con el estómago vacío que trabajarle a esos ladrones: en cuanto lo ven a uno jodido, al tiro quieren aprovecharse.

NARANJO—Para decir verdad, yo al comienzo también me

“embolisné” con eso del sindicato y de las tierras propias. Pero, de saber que íbamos a parar aquí, rasguñando las piedras.

NUÑEZ—¡Qué sacamos con lamentarnos! La cosa es tomar decisión.

NARANJO—Yo estoy en la buena con los del aserradero. Quizá podríamos llegar a un trato.

CHUMA—Esos son uña y carne con los de Nitrito. ¡Qué trato ya a haber!

NARANJO—Que cada cual se las rebusque, entonces.

VIEJO SIXTO—Espere . . . aquí el amigo Ortíz dice que tiene una idea.

CHUMA—A ver, expóngala usted mismo.

ORTIZ—*(Muy huaso)* Chs . . . ¡cuando “hey” sabido hablar, yo . . .

VIEJO SIXTO—*(Riendo)* Ni hembra que fuera, tan roga’o . . .

JOSE—Hable, pues.

ORTIZ— . . . Que con el amigo Osorio estuvimos cavilando, y se nos ocurrió ofrecernos en los lavaderos de oro, trabajo en común . . . como quantu’á, pa’ la siembra.

MAÑUNGO—¿Lavaderos? Eso es para el tiempo del deshielo.

VIEJO SIXTO—Para entonces, somos todos difuntos.

ORTIZ—Espérole . . . le ponimos así la cosa a los gringos: ellos, como ser, nos anticipan una cantidad. Y nosotros, tomamos firme compromiso pa’ la primavera. Mermando en la paga, digo yo, para que le vean la conveniencia.

CHUMA—Igual merman sin anticipo, los pulpos.

NARANJO—¿Y al no consentir ellos? *(Se hace un silencio).*

MAÑUNGO—*(Incorporándose)* Ahí, nos están obligando al alzamiento.

ROGELIO—(*Luego de una pausa, ríe*) Cierto. El pellejo es lo único que podemos venderle caro a los ricos.

JOSE—Aquí teníamos un evangelio: “vender una vaca para comprar un fusil”. Pero debido a la urgencia, vaquilla que se vende ha sido para comprar azúcar.

MAÑUNGO—¿Fusil? ¡Carabinas son buenas!

ROGELIO—Lástima que esa plantita no se dé por aquí.

MAÑUNGO—Se la podemos quitar a los pacos . . .

Desde hace un momento ha entrado PEDRO y escucha. JOSE lo ve.

JOSE—Llegó Pedro.

CHUMA—Bueno, ¿y usted qué dice?

PEDRO—(*Se acerca, lo rodean*) Aquí se habla muy luego de carabinas. (*Mira a MAÑUNGO con reproche*).

MAÑUNGO—(*Impetuoso*) ¿No estuvo hablando usted mismo de alzarse?

Los hombres rodean a PEDRO.

PEDRO—Ese no es el parecer de Juan Leiva.

ROGELIO—¿Y cual es, entonces?

PEDRO—Dice que la pelea, por ahora, hay que hacerla en la legalidad.

CHUMA—Ya vió como nos fué, con la legalidad.

ORTIZ—A caballazos nos corrieron de las pueblas.

PEDRO—Ya no va a ser lo mismo: Juan Leiva denunció en la capital los atropellos de que fuimos víctimas. Y dice, que el movimiento obrero se halla dispuesto a respaldarnos.

NUÑEZ—¿El movimiento obrero?

PEDRO—Ellos están organizados en todo el país. Y tienen fuerza. Pueden hacer la pelea en la política a favor nuestro.

ROGELIO—(*Enfrentándosele*) Pero usted, ¿qué piensa?

PEDRO—(*Recalcando sus palabras*) Si lo dice Leiva, así será.

(*Se hace un breve silencio*).

JOSE—Lo justo sería volver a las pueblas. Ahí quedaron perdidas: palos quemados y animales muertos.

NUÑEZ—¿Volver? ¿Y cómo?

MAÑUNGO—Podríamos ocuparlas de noche.

NUÑEZ—¿Para que nos manden otra vez a los uniformados?

MAÑUNGO—Nos defendemos, pues.

ORTIZ—¿Con qué?

MAÑUNGO—Con lo que sea. Valor no es lo que falta.

VIEJO SIXTO—Con puro valor no se hace nada.

PEDRO—Juan Leiva no quiere la violencia. Somos pocos y no estamos preparados para un alzamiento. Menos ahora: él dice que los dueños de la tierra están en la buena con el gobierno, (*Volviéndose hacia MAÑUNGO y JOSE, severo*) y cuando ellos mandan matar ¡es crimen santificado!

CHUMA—¿Qué podemos hacer entonces?

PEDRO—Ser prudentes, mientras Leiva maneja las cosas allá en la capital. (*Pausa*) “La tierra puede ser recuperada. La vida de los campesinos no”. Son sus palabras . . .

ORTIZ—(*Mirando hacia un costado*) ¡Los uniformados! Vienen dos de a caballo . . . es la pareja del Retén . . .

Salen todos desordenadamente. Apagón. Luego de un silencio, se escucha un disparo.

VOZ DE UN CAMPESINO—¡Un carabinero muerto!

Vuelve la luz y entran nuevamente. MAÑUNGO trae una carabina y viene muy alterado, se acerca a PEDRO, diciendo:

MAÑUNGO—No fué de intención . . .

VIEJO SIXTO—Ahora si que nos jodimos.

MAÑUNGO—(A PEDRO y ROGELIO que se ha acercado a él) No fué de intención . . .

ROGELIO—Está bien, muchacho, no se ponga nervioso.

JOSE—(A PEDRO) Se le escapó el tiro al pelearle la carabina al policía.

ORTIZ—Al otro lo voltié con el lazo, lo dejé ahí amarrado.

MAÑUNGO—Ese alcanzó a ver que no fué de intención. Déjeme entregarme . . .

ROGELIO—(Tranquilo) Si usted se entrega, Mañungo, me entrego yo (Colocándose ante el grupo) El tiro aquí lo disparamos todos. ¿Si o no? (Se hace un breve silencio).

JOSE—Cierto. Hasta cuando les vamos a aguantar.

CHUMA—Vienen a acusarnos de comunistas . . . ahora a defenderse del hambre le llaman “comunismo” . . .

JOSE—Porque les aguantan, abusan los cabrones.

ORTIZ—Llegan a rempujones, insultando a la gente. Lo voltié porque me echo la bestia encima.

NARANJO—(Que se ha mantenido algo apartado, se acerca) pero el Mañungo tiene razón: al entregarse él, puede haber arreglo. En la de no, vamos todos presos.

VIEJO SIXTO—Se entregue o no, igual nos jodimos. Muere un campesino: como si hubiera muerto un buey. Pero . . . que les maten un policía . . . Joder.

PEDRO—Traigan al otro. (CHUMA y NUÑEZ van por el).

ORTIZ—es el cabo Montoya. El mismo que anduvo guapeando para el desalojo.

Entra EL CABO MONTOYA, Manos ligadas. CHUMA se queda detrás con la carabina. Viene muy arrogante, pero poco a poco va cediendo ante los campesinos que lo miran en absoluto silencio e inmovilidad.

EL CABO MONTOYA—¡Desgraciados . . . carajo . . . van a pagar caro por esto! Es crimen. Y más encima, atropello a la autoridad. Uno está aquí cumpliendo órdenes, por defender la ley. (Pausa) Legítimamente. (Pausa) A cualquiera se lo doy este oficio. Ahí los quisiera ver. Uno arriesga la vida y se gana el odio del pueblo. Porque uno cumple con su deber es mirado como el peor enemigo. (Se altera y busca nuevos argumentos, ante la muralla cerrada de los campesinos hoscos) Lo más bien que cuando se ven en apuros, enseguida llaman al carabinero . . . ¿ah? ¿No es así? (Tratando de quebrar su resistencia muda, mirando a unos y otros) Cuando hay robo, o un asalto . . . o se les enferma algún chiquillo ¿no llegan al Retén, bien humildes a pedir ayuda al carabinero? (Pausa) Si nos tienen aquí es por el bien del pueblo (Perdiendo de pronto su arrogancia, voz sorda) ¿Qué van a hacer conmigo? . . . ¿ah? qué van a hacer conmigo . . . (Grita) Sepan que uno de ustedes mismos los vendió. Fué a decir que tenían “Mitín” de política para tomarse las pueblas de Nitrito. (Ellos siguen imperturbables) Joder . . . no me maten. (Retrocede y se enreda en la soga que le ata las manos, cae con una rodilla en tierra) Mi padre es inquilino, criado en Lolco . . . inquilino igual que ustedes . . . Pregunten por José Montoya. (Pausa) Joder . . . no me maten. (Se anima algo) Suéltense y paso la frontera. Y no me ven más el polvo. Les doy mi palabra de hombre. (Largo silencio) ¿No ven que soy hombre humilde, lo mismo que ustedes? ¡Sáquenme el uniforme! Si me desatan yo mismo me lo quito. Y lo quemo, si no me creen.

Y paso la frontera. (*Continúa el mutismo de los campesinos, exasperado les grita*) ¡No ven que soy mandado, carajo!

PEDRO—¿Mandado por quién?

CABO MONTOYA—Ordenes. Cumplimos órdenes.

PEDRO—¿Mandado por quién?

CABO MONTOYA—Por los dueños de la Hacienda . . . Por . . . los que se dicen los dueños. (*Pausa*) ¡Quétenme esta sogá y me saco yo mismo el uniforme!

PEDRO—Que se lo saque, el hijo de puta, y se vaya en cueros por la nieve. Que aprenda los clavetazos del frío. (*Lo sacan, se hace un silencio*).

ROGELIO—(*Con sencillez*) Ahora tenemos dos carabinas.

VIEJO SIXTO—La pucha, este es el fin.

ROGELIO—No, don Sixto: es namás el comienzo. Ahora es cuando empieza, ¡la revolución de los campesinos! (*Todos se vuelven hacia ROGELIO*).

NUÑEZ—¿Revolución? ¿No serán muy grandes esas palabras?

ROGELIO—Mire, compañero: si en la "legalidad" nos van a matar por hambre, mejor alzarse y morir peleando. Usted, a eso déle el nombre que guste. Yo lo llamo revolución.

VIEJO SIXTO—Así empiezan: con un disparo.

JOSE—De la chispa nace el fuego. A veces lo apagan, pero otras . . . ¡cunde pa' incendio!

ORTIZ—¡Eso!

ROGELIO—Alguién tenía que encenderlo, el fuego.

JOSE—Nos tocó a nosotros.

PEDRO—(*Enérgico*) Tenga el nombre que tenga ¡ya no se puede volver atrás!

NUÑEZ—Bueno, que recién aquí se dijo que Juan Leiva no quería violencia.

ROGELIO—¡La violencia la desatan ellos! Pedimos lo justo, y nos echan la tropa encima. Juan Leiva estará con nosotros.

ORTIZ—Yo, poco entiendo, pero digo: si el mismo gobierno nos dió esas pueblas, está bien amotinarse. Para que se enteren del abuso, y nos cumplan. El gobierno, al saberlo, tendrá que darnos apoyo.

JOSE—El gobierno siempre miró más por los dueños de fundo.

ORTIZ—Y entonces, ¿a nosotros quién nos va a apoyar?

ROGELIO—(Enérgico) ¡Los demás campesinos!

NUÑEZ—(Luego de un silencio) ¿Se irán a atrever?

ROGELIO—¿Por qué nó? ¿Acaso no sufren todos la misma esclavitud? Y los de Ranquíl, tampoco nos vamos a quedar sosegados. Si el gobierno piensa que nos va a comprar, tirándonos unas cuantas pueblas ¡ahí le erró! Al comienzo, la pelea era por un pedazo de tierra. Ahora, es por lo que Juan Leiva llama “la causa”. Eso es, para que haya justicia. Para que las leyes las haga un gobierno de los trabajadores.

VIEJO SIXTO—Justo.

JOSE—¿Vamos al alzamiento, entonces?

PEDRO—(Con energía) Si alguno no está de acuerdo, puede retirarse ahora. Y no va a ser menos hombre por eso. La hombría, según la entiendo, es ser libre para tomar decisión.

Hay un instante de inmovilidad. NUÑEZ se decide y sale. Todos lo miran en silencio. NARANJO inicia una salida, pero decide quedarse. el VIEJO SIXTO, sale, por donde se fué NUÑEZ; esta vez se ve la preocupación en los rostros por su abandono. El VIEJO SIXTO, regresa y tirando al suelo su lazo, dice, casi para sí:

VIEJO SIXTO—¡Que me requete-joda! De aquí soy yo. Que no se diga después que el viejo Sixto le tuvo miedo al miedo.

APAGON.

Toque de riel.

Salen todos. Luz sobre saliente izquierdo donde MAMA LORENZA despluma una gallina mientras JUANUCHO a su lado la observa.

MAMA LORENZA—¡Y fué la guerra, Juanucho! Vino de un repente, como una luz que nos alumbró en esa oscuridad del Matadero.

JUANUCHO—¿La guerra?

MAMA LORENZA—En un santiamén se armaron los hombres con palos, machetes, lo que pillaron. A los ricos no les llegaba el alma al cuerpo ¡creyeron que todo el valle estaba en armas!

JUANUCHO—¿Y qué hacían en esa guerra, Mamá Lorenza?

MAMA LORENZA—Lo primero fué “aprovisionarse” Hubo asalto a la pulpería y ahí nos incautamos de todo. *(Pausa)* Hicimos corrales con los animales de los ricos . . . *(Soñadora)* ¡Poco duró el momento, pero fué bien repartió y bien comió! *(A JUANUCHO)* No mire el ave con esos tremendos ojos que es cazuela de los patrones. *(Pausa)* Pero si quiere le apartamos el cogote y hacemos caldo sabroso. *(El niño ríe)* Eso le gustó ¿ah? Les decimos que lo comió el perro. Pero, no se aficione tampoco, que robar no es el camino.

JUANUCHO—Sígame contando . . . ¿cuántos eran los sublevados?

MAMA LORENZA—Así, revoloteando un cálculo, no serían más de setenta. *(Pausa)* Pero estábamos contentos en esa batalla, porque el pensamiento era de ganarla. *(Pausa)* Leiva nos había traído la confianza: creímos que también iba a estallar revuelta en la capital ¡y así no alcanzarían a desparramar pacos

hasta la cordillera! Ese fué el error, niño. Allá, en la capital, lo único que se supo fué el miedo de los terratenientes. Pidieron ayuda y entonces ¡nos mandaron regimientos de policías! ¡Hasta milicos, con ametralladoras . . . !

JUANUCHO—¡Ametralladoras!

MAMA LORENZA—Sí, pues.

JUANUCHO—Chitas . . . debe haber sido pelea grande, entonces.

MAMA LORENZA—*(Pausa. Para sí)* No fué tanto la pelea como el castigo. *(Animándose)* Claro que hubo encuentros en la montaña. Pero ¡qué sacaban con mostrase los campesinos, si no tenían armas buenas!

JUANUCHO—¿Y cómo eran esos encuentros?

MAMA LORENZA—Ahí se lo llevaban, atrincherados en los riscos. Moviéndose para que creyeran que eran más. Y los carabineros, disparando contra las ánimas . . .

Han entrado en penumbra los campesinos, agazapados detrás del puente del fondo y se escuchan algunos disparos en lejanía. Se apaga saliente y salen MAMA LORENZA y JUANUCHO. Los que han entrado son: PEDRO, SIXTO, NARANJO, ORTIZ y CHUMA. CHUMA se levanta para desplazarse.

PEDRO—No se muestre, joder.

CHUMA—Estoy empalado . . .

NARANJO—*(Incorporándose)* Qué sacamos con estar aquí entumidos.

PEDRO—Echese.

NARANJO—No les tengo miedo.

PEDRO—¿No ve que arriesga a los demás? *(NARANJO apunta con su rifle)* ¿Qué está haciendo?

NARANJO—La puntería ¿no ve?

PEDRO—(*Que se ha acercado, quitándole el arma*) Con eso no le da más que a las piedras. La orden es no disparar . . . al menos que alguno entre por el desfiladero . . .

NARANJO—Está bien “mi coronel”. (*Ríe*) No se ponga nervioso. (*PEDRO le entrega el rifle*).

Se oyen algunos disparos. Luego entra ROGELIO. Se acerca al grupo, agazapándose.

PEDRO— ¿Cómo pasó?

ROGELIO—(*Riendo*) Pasando, pues.

PEDRO—¿Pudo averiguar del encuentro?

ROGELIO—Fué en las colinas de Ranquíl. Con diez uniformados.

PEDRO—¿Eran de Lolco? (*ROGELIO asiente*) ¿Hubo muertos?

ROGELIO—Cuarenta indios: cuarenta muertos.

SIXTO—Joder . . . siempre pagan los mapuches.

PEDRO—(*A ROGELIO*) Mataron a Pedro Roa. Lo hallaron botado en el camino. Lo agarró la guardia civil, esa que formaron en el pueblo.

ROGELIO—¿Por qué fué?

PEDRO—Por sospechoso. Lo vieron en el sindicato, quizá. (*Pausa*) Dicen que le quemaron los piés, para que confesara.

VIEJO SIXTO—¿Qué iba a confesar Pedrito, si ni supo de esta guerra! (*ROGELIO se desplaza hacia primer plano. Haciéndole señas a PEDRO y SIXTO, que lo sigan. Se oye un disparo más cerca, SIXTO, escuchando, comenta*): Están al otro lado del río.

ROGELIO—(*A PEDRO*) ¿Supo lo de los hermanos Contrera?

PEDRO—¿Los que manejan la balsa?

ROGELIO—(*Asiente*) Les quitaron las cartas de Leiva. Los tienen presos o quizá a esta hora, se hallen muertos.

PEDRO—¡Ahí si que nos jodieron!

VIEJO SIXTO—Entonces ¡no hay esperanza de ayuda de la capital!

ROGELIO—La ayuda la tuvieron los otros: dicen que llegaron militares al Túnel Las Raíces. Se piensa que somos miles los amotinados.

VIEJO SIXTO—Mientras no se atrevan a cruzar los riscos, seguirán engañados.

ROGELIO—(*A PEDRO, bajando el tono*) Oiga . . . cuídese de ese hombre, Naranjo. Lo agarró la policía y después lo soltaron. Mala señal.

Entra MAÑUNGO, agazapado, y se echa junto al grupo de PEDRO. Un disparo se escucha.

PEDRO—¿Qué pasó, Mañungo?

MAÑUNGO—Vine, por si hay cambio de orden.

PEDRO—(*Seco*) Cuando haya le aviso.

MAÑUNGO—Hay uno que rodó por el hielo, y está mal herido.

PEDRO—Eso, es cosa suya.

MAÑUNGO—Está afiebrado.

PEDRO—¿No sabe curar una herida usted?

MAÑUNGO—Está bien. Decía, no más, por si había cambio de orden.

Sale MAÑUNGO. ROGELIO enciende un cigarrillo que le ofrece a SIXTO, acercándose a él.

VIEJO SIXTO—Gracias.

ROGELIO—¿Cómo se halla, don Sixto?

VIEJO SIXTO—El reuma es el que jode. *(Pausa)* La gente ya no está con el ánimo de antes. Andan nerviosos.

ROGELIO—Es que también hace falta cojones para aguantarse, así, sin hacer nada.

VIEJO SIXTO—De eso aquí no falta. Pero siempre lo dije: con puro valor no se gana una batalla.

ROGELIO—No pierda confianza, esta noche sale Juan Leiva para la capital. *(Se incorpora, sonriendo, para salir)*.

VIEJO SIXTO—La pucha... ¿no dicen que están todos los pasos cortados?

ROGELIO—*(Con malicia)* Todos... menos uno, ¡que yo nomás conozco! *(Sale despidiéndose de PEDRO con el gesto, mientras SIXTO dice):*

VIEJO SIXTO—Buena suerte, compañero... *(A PEDRO)*. Es mucho riesgo. ¿Servirá de algo?

PEDRO—No queda otra. Leiva tiene que hablar en la capital. Si no, no tendremos ayuda.

Percusión, disparos. Se queda el escenario oscuro.

El campamento: EGLAFIRA y LUCILA NARANJO esperan a los hombres. EGLAFIRA está junto a un brasero. LUCILA con la tetera mira al fondo:

EGLAFIRA—¿Vienen para el campamento?

LUCILA—Ya están doblando la loma.

EGLAFIRA—¿Quiénes son?

LUCILA—Don Pedro viene adelante... también se divisa el Ortíz... ¡y mi taita!

EGLAFIRA—Apúrese... traiga la tetera para el mate. Deben venir entumidos.

LUCILA—*(Se acerca y coloca la tetera en las brasas)* Ojalá traigan noticia buena... de ayuda de la capital.

EGLAFIRA—No se haga ilusiones, Lucila. Ayuda no va a haber.

LUCILA—No diga esas cosas, doña Eglafira.

EGLAFIRA—Es verdad, pués. *(En tono de confidencia)* Los hombres tenían unos diarios de la capital, escondíos. Pero yo los ví. Cuentan ¡pura calumnia!

LUCILA—*(Alarmada alzando la voz)* ¡Jesús! ¿Qué calumnias doña Eglafira?

EGLAFIRA—Sht... pa' qué grita. No conviene que se entere todo el campamento. *(Acercándose)* En los diarios nos nombran "bandidos criminales", que andamos matando a diestra y siniestra. Así dicen. Y sale también que liquidamos a unos dueños de aserradero. ¿Y sabe cómo? ¡Cortándolos en pedacitos en sus propias máquinas! Dígame usted... cuando ¡ni máquinas se merecen en estos aserraderos!

LUCILA—¿Y con qué destino inventan esas calumnias?

EGLAFIRA—¿Con qué destino? Para que el gobierno nos mande la tropa y nos fusilen a todos.

LUCILA—Por diosito... no esté diciendo...

EGLAFIRA—¿Que no ha visto como arrancan los dueños de fundo? Ahora, en todos los peones y hasta en sus mozos de confianza, ven un subleva'o. Miedo que tienen en la conciencia, pues. Por el maltrato y la esclavitud en que nos han tenido.

Entran los hombres, PEDRO, ORTIZ, NARANJO, SIXTO, CHUMA.

LUCILA—(*Abraza a NARANJO*) Taitita . . . (*Se acerca a PEDRO y le dice*) Su hermano José está aquí en el campamento.

VIEJO SIXTO—Hacía falta un fueguito . . . (*Se acerca con los demás al fuego, donde EGLAFIRA los atiende*).

PEDRO—Chuma . . . (*Le pasa la carabina*) Quédese vigilando. (*CHUMA pasa al fondo, donde permanece. A LUCILA*). ¿Cuándo llegó?

LUCILA—Recién no más; se está curando una herida. ¿Le aviso que llegaron?

(*Pedro asiente y ella sale. Luego entra y se acerca al fuego*).

EGLAFIRA—(*Sirviendo*) ¿Cómo quiere el mate, don Sixto? ¿Dulce o amargo?

VIEJO SIXTO—Dulce será. Que para amargo, ya tenemos de sobra.

ORTIZ—(*Entusiásta*) La pucha . . . huele a carne asada, y uno con el estómago vacío . . .

EGLAFIRA—Lueguito la va a probar: sacrificamos la vaquilla flaca.

LUCILA—Usted mismo la pilló y la trajo al campamento.

ORTIZ—(*Riendo*) Miren . . . ¡si la traje pa' que nos diera cría!

EGLAFIRA—¡Qué iba a parir esa! Andaba a "medio morir saltando".

LUCILA—Puro esqueleto, no más.

ORTIZ—¡Déme entonces! Lo pegadito al hueso es lo más sabroso . . .

Entra JOSE al fondo, trae el poncho sucio, y tiene una leve cojera. Se acerca sombrío hacia PEDRO. Hablan apartados del resto.

PEDRO—(A JOSE) ¿Qué fué? ¿Trajo a su gente?

JOSE—No. Los dejé allá en los riscos, con el Calixto Rojas. El tiene la carabina. (Pausa) Están todos los pasos cortados. Tuve que dar la vuelta por detrás de la quebrada. Vine a darle aviso que hay peligro: andan patrullas grandes.

PEDRO—¿Por dónde?

JOSE—Por el sur, por el Llanquén, por todos lados. Al Mañungo lo mandé a Ranquíl a darle aviso a Leiva y a Rogelio. Sería prudente levantar este campamento, y que las mujeres vuelvan a los ranchos del Matadero.

NARANJO.—(Que escucha atento) Aquí estamos a buen resguardo.

JOSE—(Se vuelve hacia él) Andan patrullas cerca.

NARANJO—¿No estará disvareando?

JOSE—¿Disvareando? Casi me agarran. (Levanta algo su poncho, y deja ver su brazo vendado) Tuve que tirarme cerro abajo: el hielo corta peor que cuchilla.

CHUMA—(Anuncia a PEDRO) Viene el Mañungo con su hermana Dominga . . .

Entra MAÑUNGO, con DOMINGA, que camina con dificultad por su embarazo, pálida y llorosa, MAÑUNGO muy alterado; DOMINGA habla mirando ante si como enajenada. Todos se levantan.

MAÑUNGO—Tomaron a Juan Leiva y a Rogelio, cuando iban a salir pa' la capital . . .

DOMINGA—Se los llevaron . . . laciados a pegual de los caballos . . . arrastrándolos por las piedras y las matas de espiño . . . ¡hicieron dos surcos en la tierra con los cuerpos! . . . (Se quiebra su voz por el llanto) Los vi, hermano . . . los vi . . . (Se refugia en los brazos de PEDRO, que la estrecha, mudo. Al ca-

bo de un instante indica a las mujeres que la lleven. EGLAFIRA y LUCILA la sacan fuera).

MAÑUNGO—(Muy alterado, repite) . . . a pegual de las bestias . . . Pasaron al río con ellos a la rastra . . .

PEDRO—¿Dónde los pillaron? (MAÑUNGO no responde), ¡Hable, Mañungo!

MAÑUNGO—Ahí, en Ranquíl cuando iban saliendo de la casa . . . Y a él, le dispararon dos tiros . . . Ahí mismo, ¡delante de la familia!

JOSE—¿A quién?

MAÑUNGO—Al padre de Rogelio . . . Por esconder a Juan Leiva en su casa. Le dispararon dos tiros y él na más dijo: todavía aguanto otro . . . y se desplomó. (Pausa) Alguién vendió a Juan Leiva.

PEDRO— . . . Naranjo.

NARANJO—(Se levanta, disimulando apenas su miedo) ¿Pa' qué me nombra? Si piensan que fuí yo . . . hablen claro . . . no se anden con rodeos.

PEDRO—Nadie anda con rodeos. (Toma la carabina de CHUMA y lo apunta. NARANJO, retrocede). Quieto.

NARANJO—Eso es . . . ¡mátenme ahora! (Pausa) ¿Que no saben los cabrones que Leiva es aquí el único responsable . . . que al caer él, podemos entregarnos? (Pausa. Todos lo miran, CHUMA lo escupe). ¡Claro que lo hice! No tengo reparo en decirlo . . . ¡Lo hice porque aquí yo no más sé cómo son las cosas! ¡Cayendo los cabecillas, podemos salvar el pellejo! ¿Qué no se dan cuenta?

ORTIZ—(Con sorna, sin alzar la voz) Sí . . . huevón.

NARANJO—(Temblando al verlos decididos) ¡No disparen! . . . No disparen o van jodíos . . . estamos rodeados. Si disparan es

la señal para que nos caigan encima . . . (Intenta huir, pero ORTIZ y JOSE lo cojen y le aprietan el cuello hasta que se ahoga su voz).

JOSE—¡Aquí te van a encontrar, mierda! ¿No querías entregarte? (Lo sacan).

APAGON.

Estruendo del río.

Vuelve una luz de anochecer, donde sólo se ve, casi en silueta al fondo un carabinero con su manta, sobre el puente, en extremo del escenario.

EL CARABINERO—(Haciendo bocina con sus manos hacia el ángulo opuesto, grita) Atención, los amotinados . . . Sabemos que tomaron posición detrás de aquellos riscos. Salgan de a uno, con las manos en alto si quieren seguir con vida. Entréguense . . . o abrimos fuego.

Se escucha solo el correr del río.

EL CARABINERO—¡Atención! ¡si disparan, el primero en caer será su cabecilla, Juan Leiva! Lo traemos delante de las carabinas. Ríndanse, o vamos a ametrallar.

Silencio.

EL CARABINERO—¿No oyen los desgracia'os? . . . ¡Salgan, carajo, o hacemos fuego!

Silencio.

EL CARABINERO—Ultima advertencia y doy la orden. (Se vuelve hacia la izquierda y ordena, luego de breve pausa) ¡Fueeeeeego!

Suena el fuego de ametralladora. Apagón. Salen.

Entra LORENZA, avanza hacia el público:

LORENZA—Como ninguno se mostró mataron a Juan Leiva . . . Veinte tiros le contaron en el cuerpo, cuando lo sacaron del río. (*Pausa*) Mis hermanos vinieron a decir: “somos vencidos”. El que pudo, escapó por la cordillera. (*Se escuchan notas de guitarra, que anuncian a ROGELIO*) De Rogelio, nunca más se supo. (*Entra al fondo ROGELIO a espaldas de LORENZA*) Se supo namás que murió . . .

ROGELIO—(*Quitándose el sombrero*) Por la revolución de los campesinos.

LORENZA—(*Sin volverse, mientras él permanece inmóvil al fondo*) . . . y ahí quedó, como una estampa, con su alegría, y su revolución en la boca . . . ¡su revolución, que era la más linda, por la fé que le tenía! (*Se quiebra su voz*) No sé cómo fué su muerte, ni dónde, ni cuando . . . Sólo sé que me lo mataron, a él, que era el sol que me alumbraba . . .

ROGELIO—Fueron muchos los que cayeron.

LORENZA—Pero estas lágrimas son namás pa' usted.

ROGELIO—No me gusta verla llorar.

LORENZA—¿No dijo “guarde sus lágrimas para cuando yo me muera”?

ROGELIO—La muerte no existe, Lorenza, si uno tiene su idea, y pasa con ella a la eternidad. (*Sonríe*) ¿Eso nunca se lo dije?

LORENZA—Muchas cosas quedaron sin decir. Y yo me arrepiento . . . me arrepiento de no haberle dicho “así, simplecito” yo lo quiero, Rogelio. (*Pausa*) Por orgullo me lo guardé.

ROGELIO—Por su orgullo la quería.

LORENZA—(*Se deja caer al suelo y permanece arrodillada*) ¡Tantos sacrificios! ¡Tantas vidas que se perdieron!

ROGELIO—No fueron perdidas. Murieron por algo.

LORENZA—Usted, quizá. Pero tantos otros que no entendieron. Que se quedaron en el camino con su sacrificio . . .

ROGELIO—De los que no entienden bien, de los que van quedando en el camino ¡también se hacen las revoluciones, Lorenza!

Pausa.

LORENZA—Ojalá tuviera su fé . . .

ROGELIO—Arriba ese ánimo. Junte fuerzas, que todavía falta lo más duro . . .

Música alucinante de los hermanos muertos, baja la luz y entran ellos con tres paneles que disponen simulando un hueco en una muralla de adobe, huecos que aíslan del frío y usan ellos para guardar sus cosechas.

LORENZA—¡No! ¡La muralla hueca, no! (*Se incorpora y retrocede*).

ROGELIO—Tiene que ir hasta el fin . . . Esta es su parte . . .

LORENZA—No . . .

LOS HERMANOS, AL FONDO — Entre hermana . . .

— entre en el muro

— entre, Lorenza . . .

ROGELIO—¿Quién le va a entregar a los vivos lo que hicieron los muertos? Entre . . . mi hembra brava . . .

Cesa la música y sube luz. LORENZA está siempre inmóvil en un extremo. Entra una campesina, GUMERCINDA, con una cesta con masorcas de maíz que frota para desgranar, unas contra otras, se sienta en primer plano. Es seca y sin edad.

GUMERCINDA—Ahí, en el hueco de esa muralla, podemos esconderla por unos días. Entre, pues, mire que si la divisan por

aquí, vamos todos liquidados. (LORENZA entra en el espacio del muro y se queda ahí quieta, de pié, como una imagen, escuchando a GUMERCINDA) No podemos favorecerla en más. Anda la violencia en los campos. (Frota las mazorcas) El río debe muchos muertos. ¿Se recuerda la mujer de Ortiz, el que anda huído? (Pausa) La sacaron los uniformados por delante de las carabinas, con su niño en brazos. Los llevaron al río. De ahí no vuelven.

LORENZA—(Voz plana) ¿Qué les hacen?

GUMERCINDA—Los ponen al borde del acantilado y les disparan. Así no tienen que comedirse a enterrarlos.

LORENZA—¿Le disparan también . . . a las criaturas?

GUMERCINDA—Qué no harán cuando el odio se desata.

LORENZA—Mentira, doña; ¡mentira!

GUMERCINDA—Dicen que van setenta “afusilados”. El río lleva gruesa la corriente. (Pausa) A veces entrega los cuerpos. Otras no.

LORENZA—(Con esfuerzo) . . . Le pedí noticias de los míos.

GUMERCINDA—Aguante firme, entonces. (Pausa). A sus hermanos, cuando estaban por llegar a la Argentina, los agarraron. Los llevaron con otros cuantos, al río.

LORENZA—A mis hermanos . . . a mis tres hermanos . . .

GUMERCINDA—El más jóven logró escapar.

LORENZA—¡Mañungo!

GUMERCINDA—Volvió a su casa, para favorecer a las mujeres.

LORENZA—(Saliendo del muro) Allí debía estar yo . . .

GUMERCINDA—(Autoritaria) Entrese. (LORENZA se queda inmóvil) Para que va ir, si ya no los va a encontrar.

Los que van quedando en el camino ■ 65

LORENZA—Ahí tienen que estar. Mi madre quedó inválida, tullida de las piernas. El Mañungo no puede salir con ella, ni menos dejarla sola en la casa. La Dominga está por dar a luz.

GUMERCINDA—Es que . . . no salieron por su propia voluntad.

LORENZA—¡Qué me está tratando de decir, doña!

GUMERCINDA—La Dominga estaba escondía en casa de unos mapuches. (Pausa) Al Mañungo, y a una chiquilla, la Lucila Naranjo, que estaba de allegá en la casa, los sacaron con las carabinas pa' fusilarlos en el río. La Lucila dicen que no esperó a que le dispararan: se lanzó al agua con la niña que llevaba en brazos: una criatura de dos años, de nombre Guacolda . . .

LORENZA—(En un grito de dolor) ¡Mi guacha!

GUMERCINDA—Más vale que oiga hasta el fin: a la madre la dejaron sola, abandoná en la casa. Y montaron guardia, pa' ver si alguno venía a socorrerla: los Uribe están todos sentenciados; darles un pan se paga con la vida . . . (LORENZA sale rápidamente) ¡Dónde va . . . espérese! (Ella ya ha salido) ¡La van a agarrar los uniformados!

Sale GUMERCINDA. Quitan los paneles. Detrás de ellos estará la madre tendida en el suelo, cubierto el cuerpo con un poncho, se ve sólo el rostro y su cabello. Entra DOMINGA que se arro-dilla junto a ella y empieza a rasguñar la tierra, simultáneamente han entrado el carabinero con un grupo de presos (ORTIZ, CHUMA, EGLAFIRA, SIXTO) que permanecen al fondo, extremo. Entra LORENZA, abriéndose paso entre ellos y se arro-dilla junto a la madre. Tema de guitarra durante toda la escena. El mismo tema del comienzo “Los días buenos” ahora en un ritmo lento. La escena en tintes de claro oscuro, dará la impresión de una estampa, hay solo los movimientos justos. El guardia estará de espaldas.

66 ■ Los que van quedando en el camino

DOMINGA—(*Luego de un silencio*) Ella siempre quiso quedarse en Santa Bárbara . . . Ni siquiera entendió porqué moría . . . Es duro, hermana, es duro . . . (*Rasguña la tierra con intermitencias. LORENZA va a levantar el poncho que cubre a la madre*) ¡No! No la mire. (*Pausa*) La hallaron tirá en el suelo . . . mordida por los puercos . . . Para que no se ensañaran con ella, alguno la colgó por las trenzas de una viga. Así la encontré. (*Sigue rasguñando con rabia*).

LORENZA—¡Qué rasguña tanto la tierra . . . !

DOMINGA—Hay que darle sepultura.

EL GUARDIA—(*Volviéndose hacia ellas*) Lorenza y Dominga Uribe. Con los presos. (*A los presos*) Ustedes dos, entierren a esa muerta.

Siempre con el Fondo de la guitarra, ORTIZ y CHUMA toman a la madre, EGLAFIRA ayuda a DOMINGA a levantarse, y van saliendo lentamente. Queda el escenario vacío. Termina la melodía.

Sube la luz. Se escucha un pitar de tren. Entran lentamente los presos, DOMINGA ayudada por LORENZA. Se hechan todos al suelo, rendidos por el cansancio.

DOMINGA—¿Dónde estamos, hermana?

LORENZA—En la estación de Temuco.

DOMINGA—Con el poquito que nos subieron al tren, más clavetean las heridas de los piés. (*Se toma sus pies con un gesto de dolor. Luego mira a los demás prisioneros*) Mírelos . . . ahora sí que están derrotados.

LORENZA—¡Y cómo quiere que estén! Tantos días caminando, desde Lonquimay . . . caminando descalzos, por la nieve y el barro, sin comer, sin dormir . . .

VOZ DE GUARDIA— ¡Ya! ¡Arriba, que vamos a seguir la marcha!

(Ninguno se mueve).

DOMINGA—¿No dijeron que podíamos descansar un rato?

LORENZA—Quieren sacarnos de aquí antes que lleguen los obreros.

DOMINGA—¿Obreros?

LORENZA—Dicen que vinieron a recibirnos a la estación. *(Se escuchan disparos al aire y tumulto afuera. LORENZA retiene a DOMINGA que trata de levantarse).* Sosiego. *(Mirando hacia afuera)* Están disparando al aire, para alejarlos . . .

Entra un GUARDIA, alterado, gritándoles:

EL GUARDIA—Ya . . . levántense, carajo . . . seguimos la marcha . . . Ya . . . ¿No entienden los bandidos, criminales . . . ? *(Empuja a alguno para que se levante, ellos resistiendo se van incorporando, sin fuerzas para protestar).*

DOMINGA—*(Desde el suelo)* ¿Para eso murieron ellos, hermana? ¡Para que nos llamen bandidos, criminales!

EL GUARDIA—*(A DOMINGA)* Arriba . . . *(La amenaza con la culata de la carabina)* A vos te dicen, perra. *(LORENZA se interpone).*

VOZ POTENTE DE UN OBRERO—*(Por sobre el tumulto)* ¡Vivan los campesinos!

Ahora se levantan los presos. ORTIZ, exclama, mirando hacia afuera:

ORTIZ—¡Son los obreros!

VOZ DE OBRERO—*(En un silencio del tumulto)* ¡Vivan los heroicos campesinos que pelearon en Ranquíl! . . .

CORO AFUERA—Vivaaaaaaa (*Retoma el tumulto*):

El GUARDIA ha salido, los prisioneros, la cabeza erguida, emocionados irán saliendo. LORENZA pasa a sector izquierdo, donde se le reune JUANUCHO y dice, en MAMA LORENZA:

MAMA LORENZA—Recoge esas palabras, niño, recoge esas palabras: “los heroicos campesinos que pelearon en Ranquíl” . . . (*Sonriendo*) “la muerte no existe”, Juanucho. (*Escucha*) Ahora van caminando otra vez . . . ¿Oyes?

JUANUCHO—Son los inquilinos de por aquí, Mamá Lorenza, que se unieron a la marcha . . . de los campesinos en huelga que van de a pié hacia la capital . . . ¿Crees que irán a llegar?

MAMA LORENZA—¡Si Juanucho! Los que habían quedado en el camino con su sacrificio, ahora van marchando con ellos . . .

Estallan los primeros acordes de la marcha campesina, mientras empiezan a entrar todos los actores, en primera fila, los HERMANOS, MADRE, ROGELIO, y todo el resto, llenando el escenario, trayendo carteles y sus instrumentos de labranza. LORENZA, tomando a JUANUCHO se une a ellos, mientras cantan la canción avanzando cada vez más hacia el público, caerán carteles rojos con letras blancas con las consignas del comienzo, ahora más grandes “La legalidad no le sirve al campesino pobre”, Pan, etc. . . .

CANTAN LA CANCION EN CORO:

Porque ahora, por campos y montes
por las sierras, llanuras y selvas
se empezó a estremecer este mundo
que está lleno de duras razones
deseando morir por lo suyo
con los puños calientes ya van.

Los que van quedando en el camino ■ 69

**AHORA SI
LA HISTORIA TENDRA QUE CONTAR
CON LOS POBRES DE AMERICA (bis)**

Se les ve día a día marchando
día a día en marcha sin fin
con machetes y palos y piedras
ocupando las tierras ya van
se les ve ya fincando sus garfios
en el suelo que les pertenece.

**AHORA SI
LA HISTORIA TENDRA QUE CONTAR
CON LOS POBRES DE AMERICA (bis)**

FIN DE LA OBRA

(Nota: La letra de la canción está tomada de la “II Declaración de la Habana” de Fidel Castro).

70 ■ Los que van quedando en el camino

pertenece a la categoría de esa muchedumbre más activa y creadora; la que llorando, se enfurece.

Así se plasman las manifestaciones iniciales de una revolución en el teatro chileno, ansiosa de sensibilizar a los auditorios no en el arte de la fuga sino en la autoconciencia de la propia situación y del deber de actuar.

Es cierto que los fogonazos de la muerte sellan la insurrección campesina en Ranquíl. Y que los fantasmas atormentan a la mujer con la pesadilla recurrente que la persigue, rememorando la tragedia imborrable. Pero todo con aliento de vida, a ratos épico, y con el necesario misterio. Aunque también con la claridad que permita, conforme al objetivo de una dramaturgia realista y crítica, en verdad representativa de los conflictos más agudos de la sociedad contemporánea, señalar la salida y los tramos del camino. De modo que los muertos que se van quedando en él, para invocar las palabras bautismales del Ché Guevara, iluminen a los pueblos sobrevivientes, inmortales a pesar de todo.

La técnica, de apariencia simple, absorbe, sin proponérselo, sutiles aires respirados en la atmósfera ateniense o isabelina, en el "Teatro de Arte", de Stanislavski, o en "La Abadía" dublinesa. Pero nadie se engañe, al fin de cuentas: el resultado es un drama de patente irremisiblemente latinoamericana. Realizado, mediante una elaboración personalísima, por un talento entregado con seriedad a la tarea, escribe un acto nuevo en la historia de nuestra literatura teatral. Ese acto en que el pueblo, como en ciertas piezas de Lope, se planta en el centro de la escena para representar el papel del protagonista dispuesto a tomarse justicia por sus manos.

Volodia Teitelboim